

a los dieciocho años de guerras y desastres inauditos, que acabaron por borrar los odios más vivos.

En una palabra, la fábula de *Las aves* es un cuadro fantástico, pero bastante próximo a la realidad. Lo que distingue a esta obra de las demás, es una mayor delicadeza en los conceptos, la agilidad de las pinturas y algo aéreo como los pájaros puestos en escena, armonioso y suave como sus propios cantos.

Las Aves
(*Las Pájaros*)

PERSONAJES

EVÉLPIDES.
PISTÉTERO.
EL REYEZUELO, criado de la Abubilla.
LA ABUBILLA.
CORO DE AVES.
EL FENICÓPTERO.
UN HERALDO.
UN SACERDOTE.
UN POETA.
UN ADIVINO.
METÓN, geómetra.
UN INSPECTOR.
UN VENDEDOR DE DECRETOS.
MENSAJEROS.
IRIS.
UN PARRICIDA.
CINESIAS, poeta ditirámico.
UN SICOFANTE.
PROMETEO.
NEPTUNO.
UN TRÍBALO.
HÉRCULES.
UN CRIADO de Pistétero.

La escena representa un desierto. A un lado, unos árboles y una roca. Evélpides lleva en la mano un grajo, y Pistétero una corneja.

W.S.R.

1179711

800c/99/11

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

Evélpides (al grajo). — ¿Dices que vaya recto hacia aquel árbol?

Pistétero (a la corneja). — ¡Qué la peste te ahogue! Ahora me grazna que retroceda.

Evélpides. — ¿Por qué, pobre hombre, trotamos de arriba abajo? Nos estamos matando caminando de aquí para allá. Y todo es inútil.

Pistétero. — Y yo, ¡desdichado!, que me dejé llevar por una corneja, y llevo andados ya más de mil estadios.

Evélpides. — Pues yo, ¡infortunado!, me dejo conducir por un grajo, y me ha devorado las uñas de los dedos.

Pistétero. — ¿En qué país nos encontramos? Lo ignoro.

Evélpides. — ¿Sabrías, desde aquí, hallar de nuevo tu patria?

Pistétero. — No, por cierto. El propio Execéstides (1) no lo lograría.

Evélpides. — ¡Qué miseria!

Pistétero. — Toma ese camino, amigo mío.

Evélpides. — Nos ha puesto en un apuro el hombre de los pájaros, ese vendedor de volantería, ese loco de Filócrates. Según él, esas dos aves debían conducirnos rectamente desde el mercado de los pájaros hasta la morada de Tereo la Abubilla, que fue transformado en ave. Nos vendió por un óbolo ese grajo, hijo de Tarrélides, y por tres óbolos el otro. Y he ahí que no saben más que morder. ¿Qué te pasa ahora con el pico abierto? ¿Quieres precipitarnos por esos peñascos? No hay ningún camino por aquí.

Pistétero. — Ni se ve el menor rastro de sendero en parte alguna.

Evélpides. — Y la corneja, ¿tampoco dice nada sobre el camino?

Pistétero. — ¡Nada, absolutamente! Sigue lanzando los mismos graznidos que cuando partimos.

Evélpides. — Bien, ¿qué dice de la ruta?

Pistétero. — ¿Qué dice? Nada, sino que a fuerza de roer acabará por devorarme los dedos.

Evélpides. — ¿No es verdaderamente triste, que cuando se quiere, como nosotros queremos, ir a los infiernos y hemos hecho lo imposible por lograrlo, no consigamos encontrar el

camino? No lo olvidéis, espectadores: nuestra enfermedad es completamente opuesta a la de Sacas. Éste no es un ciudadano, y quiere serlo a viva fuerza; nosotros, por el contrario, nacidos en una tribu y descendientes de una honorable familia, verdaderos ciudadanos entre los demás ciudadanos, y sin que nadie nos persiga, resulta que abandonamos nuestra patria... a toda prisa. Y no porque la propia ciudad nos inspire odio alguno. Sabemos que es grande, rica y abierta para todos los que quieran... pagar una multa. Pero las cigarras sólo cantan durante un mes o dos en las ramas de las higueras, y los atenienses cantan siempre, desde que nacen hasta que mueren, en los procesos. He ahí por qué recorreremos nosotros este camino. Provistos del cesto, la olla y unas ramas de mirto, erramos en busca de un lugar tranquilo para fijar allí nuestra morada para siempre. La finalidad de nuestra expedición es Tereo la Abubilla, de quien queremos saber si ha visto jamás en alguna parte una ciudad semejante a la nuestra.

Pistétero. — ¡Oye, tú!

Evélpides. — ¿Qué?

Pistétero. — Hace ya rato que la corneja me está señalando algo hacia lo alto.

Evélpides. — Mira, el grajo levanta también la cabeza hacia arriba, sin duda queriendo mostrarme algo. Imposible que no existan pájaros por aquí. Vamos a saberlo en seguida, haciendo ruido.

Pistétero. — ¿Sabes qué podemos hacer? Da un golpe a esa roca con tu rodilla.

Evélpides. — Y tú, con tu cabeza. Así haremos doble ruido.

Pistétero. — Entonces, coge una piedra y golpea.

Evélpides. — ¡De buena gana! Como gustes: ¡Esclavo, esclavo!

Pistétero. — Bien dicho, a fe mía. Para llamar a la Abubilla, exclamas: ¡Esclavo! Y en lugar de esclavo, ¿no sería mejor decir: ¡hup!

Evélpides. — ¡Hup! ¿Me dirás que golpee de nuevo? ¡Hup!

El Reyzeuelo. — ¿Quién va? ¿Quién llama a mi dueño?

Evélpides. — ¡Apolo nos ayude! ¡Qué espantoso pico!...

El Reyzeuelo. — ¡Muerte mía! Son cazadores.

Evélpides. — ¡Qué cosa tan horrorosa, y qué espantosa voz!

El Reyzeuelo. — ¡Vais a morir!

Evélpides. — Pero si no somos hombres.

El Reyzeuelo. — ¿Qué sois, entonces?

Evélpides. — Yo soy el *Medroso*, un pájaro oriundo de Libia.

El Reyzeuelo. — ¡Necedades!

Evélpides. — ¡Bah! Pregúntalo a mis pise.

El Reyzeuelo. — Y el otro, ¿qué pájaro es?

Pistétero. — Yo soy el *Manchado*, pájaro de Fasos.

Evélpides. — Pero, ¿qué clase de animal eres tú? ¡En nombre de los dioses!

El Reyzeuelo. — ¿Yo? Un pájaro esclavo.

Evélpides. — ¿Has sido vencido por algún gallo?

El Reyzeuelo. — No. Cuando mi dueño fue transformado en Abubilla, pidió que yo fuese también cambiado en pájaro, a fin de tener un seguidor y un criado.

Evélpides. — ¿Un pájaro tiene también necesidad de criado?

El Reyzeuelo. — Él, por lo menos. Sin duda por haber sido antes hombre. En cuanto desea comer anchoas del Falero, cojo el plato y corro a buscárselas. Otras veces quiere comer puches; y como se necesitan una cuchara y una olla, corro a buscarle la cuchara.

Evélpides. — Ése es el pájaro *Corredor* (2). Vamos Reyzeuelo, ¿sabes qué vas a hacer? Llama a tu dueño.

El Reyzeuelo. — Acaba de dormirse, lo juro, después de haberse tragado bayas de mirto y algunos mosquitos.

Evélpides. — No importa. Despiértalo.

El Reyzeuelo. — Va a enfadarse, estoy seguro de ello. Sin embargo, voy a hacerlo, para daros satisfacción.

Pistétero (después de haber salido el Reyzeuelo). — ¡Que la peste te retuerza, por haberme hecho morir de miedo!

Evélpides. — ¡Ay, desdichado! ¡Mi grajo se marcha también de miedo!

Pistétero. — Eres tú, cobarde animal, quien, movido por el miedo, has soltado al grajo.

Evélpides. — Dime: y tú, ¿no soltaste la corneja en tu caída (3)?

Pistétero. — ¿Yo? ¡No, por los dioses!

Evélpides. — Entonces, ¿dónde está?

Pistétero. — Vólo.

Evélpides. — ¡Ah, bueno! ¡Así tú no la soltaste! ¡Oh el valiente!

La Abubilla. — Abre la selva. Voy a salir.

Evélpides. — ¡Por Hércules! ¿Qué animal será ése? ¡Qué plumaje! ¡Qué especie de triple penacho!

La Abubilla. — ¿Quién pregunta por mí?

Evélpides. — Los doce grandes dioses... parece como si te hubieran puesto en un triste estado.

La Abubilla. — ¿Os burláis de mí, a causa de mi plumaje? Extranjeros, sabed que he sido hombre.

Evélpides. — Nosotros no nos reímos de ti.

La Abubilla. — Pues, ¿de qué?

Evélpides. — Tu pico ganchudo nos parece risible.

La Abubilla. — Sin embargo, es así tal como Sófocles me entarasca a mí, Tereo, en sus tragedias.

Evélpides. — ¿Tú eres Tereo? ¿Pájaro o... pavo real?

La Abubilla. — Pájaro.

Evélpides. — Entonces, ¿dónde tienes tus plumas?

La Abubilla. — Se han caído.

Evélpides. — ¿Por enfermedad?

La Abubilla. — ¡No! En invierno todos los pájaros pierden sus plumas. Luego, les crecen otras. Pero, contéstame: ¿quiénes sois vosotros dos?

Evélpides. — ¿Nosotros? Unos mortales.

La Abubilla. — ¿De qué país?

Evélpides. — Del país de las hermosas naves.

La Abubilla. — ¿Jueces?

Evélpides. — ¡No, por cierto! Al contrario, antijueces.

La Abubilla. — ¿Es que se siembra esa semilla en vuestras tierras?

Evélpides. — Recorriendo todo el país, se cosecharía muy poco.

La Abubilla. — ¿Qué asunto os trae aquí?

Evélpides. — Deseamos hablar contigo.

La Abubilla. — ¿Sobre qué?

Evélpides. — En primer lugar, tú has sido hombre en otro tiempo. Igual que nosotros. Debiste dinero en otro tiempo, como nosotros. Y procurabas no devolverlo, como nosotros. Cambiando luego de naturaleza y transformado en pájaro, recorriste velozmente toda la tierra y los mares. Conoces todo cuanto saben los hombres, y todo lo que sabe el pájaro. Por este motivo venimos aquí, suplicándote que nos indiques alguna ciudad suave y delicada, donde uno pueda estirarse como sobre una buena manta de lana.

La Abubilla. — ¿Buscas una ciudad más grande que la de Cranao (4)?

Evélpides. — Mayor, no; pero sí más agradable a mi gusto.

La Abubilla. — Evidentemente es una ciudad aristocrática lo que a ti te falta.

Evélpides. — ¿A mí? ¡De ninguna manera! Me horroriza el hijo de Escelias (5).

La Abubilla. — ¿En qué clase de ciudad os gustaría vivir?

Evélpides. — En una ciudad donde los asuntos más importantes se redujeran a eso: un amigo viene por la mañana a llamar a mi puerta y me dice: «¡Por Júpiter Olímpico, venid temprano a mi casa tú y tus hijos, después del baño! Doy una comida de boda. Te suplico que no faltes. De lo contrario, hallarás la puerta cerrada cuando seré un infortunado.»

La Abubilla. — ¡Por Júpiter! Tú amas los duros trabajos. ¿Y tú?

Pistétero. — También yo tengo los mismos gustos.

La Abubilla. — ¿Cuáles?

Pistétero. — Quiero una ciudad donde, al encontrarme con

el padre de un hermoso muchacho, le oiga decir con un tono de reproche como si le hubiera injuriado: «¡No dirás que te portaste bien conmigo, Estilbónides! Te cruzaste con mi hijo, recién bañado, al salir del gimnasio. Y no le besaste, ni le dirigiste la palabra, ni le hiciste una caricia ni una amabilidad. ¿Y tú eres mi viejo amigo?»

La Abubilla. — ¡Pobre hombre, qué cosas te pasan por la cabeza! Pues bien, existe una afortunada ciudad, tal y como vosotros la deseáis, junto al mar Rojo.

Evélpides. — ¡Bah! ¡En la orilla del mar, jamás! Algún día, muy de mañana, aparecería la nave *Salamina* (6), con un alguacil. ¿No puedes indicarnos alguna ciudad griega?

La Abubilla. — ¿Por qué no vais a Lepreo, en Élida?

Evélpides. — ¡Grandes dioses! Sin haber visto nunca Lepreo, me inspira horror a causa de Melantio (7).

La Abubilla. — Queda todavía Opuncio, en la Lócrida. Id a vivir allí.

Evélpides. — ¿Yo? No quisiera ser opuncino, ni por un talento de oro. Pero ¿qué vida llevan los pájaros? Tú debes saberlo.

La Abubilla. — No es desagradable del todo. En primer lugar, aquí no cuenta la bolsa.

Evélpides. — Pues habéis alejado de vosotros muchos defectos.

La Abubilla. — Comemos en los jardines el blanco sésamo, el mirto, la amapola y la menta.

Evélpides. — ¿Entonces lleváis una vida de recién casados (8)?

Pistétero. — ¡Eh, eh! Preveo una gran misión a llevar a cabo por el pueblo de los pájaros. Con toda seguridad, seréis todopoderosos si seguís mis consejos.

La Abubilla. — ¿Seguir tus consejos? ¿Cuáles?

Pistétero. — ¿Cuáles? En primer lugar, no revoloteéis más en todos sentidos, con el pico abierto. Es una falta de nobleza. Cuando veíamos pasar a una de esas cabezas inconstantes, decía la gente: «¿Qué pájaro es ése?» Y Telas contestaba: «Es un hombre sin convicciones, un pájaro que vuela y un inconstante que no sabe ocupar su sitio.»

La Abubilla. — ¡Por Baco! La crítica es justa. ¿Qué debemos hacer?

Pistétero. — Fundad una ciudad única.

La Abubilla. — ¿Qué ciudad fundaremos, nosotros los pájaros?

Pistétero. — ¿En verdad? ¡Qué pregunta más necia! ¡Mira abajo!

La Abubilla. — Ya miro.

Pistétero. — Ahora mira arriba.

La Abubilla. — Ya miro.

Pistétero. — ¿Qué berreas?

Evélpides. — Aquí; otro pájaro.

Pistétero. — ¡Es verdad! Ahí viene otro, también exótico. ¿Qué pájaro será ese montañés, zurdo y pomposo?

La Abubilla. — Se le llama *Meda* (10).

Pistétero. — ¿El *Meda*? ¡Hércules divino! Si es meda, ¿cómo pudo volar hasta aquí sin camello?

Evélpides. — Otro pájaro más, éste entarascado con un penacho.

Pistétero. — ¿Qué monstruo es ése? Entonces tú no eres la única abubilla en el mundo. Ahí tienes otra.

La Abubilla. — Ese pájaro es hijo de Filocles, descendiente a su vez de una Abubilla. Yo soy su abuelo. Podríamos explicarlo así: Hipónico, hijo de Calias, y éste, hijo de Hipónico (11).

Pistétero. — Entonces, ese pájaro es Calias. ¿Cómo pierde las plumas!

Evélpides. — Por su generosidad. Los sicofantes lo depilan, y las mujeres lo despluman.

Pistétero. — ¡Oh, Neptuno! ¡Y otro! ¡Cuántos colores tiene ese pájaro! ¿Cómo se llama?

La Abubilla. — Éste es el *Glótón*.

Pistétero. — ¿Qué? ¿Hay otro glotón además de Cleónimo? ¿Cómo, si es Cleónimo, no tiró ya su penacho? Pero, veamos: ¿qué significan tantas crestas? ¿Vienen a disputar el premio del doble estadio?

Evélpides. — Ocurre como en la Caria, amigo. Buscan las crestas (12) para vivir en seguridad.

Pistétero. — ¡Oh divino Neptuno! ¡Qué masa, qué alud de pájaros!

Evélpides. — ¡Oh, divino Apolo! ¡Qué nube! ¡Uf, uf! ¡La entrada de la escena desaparece bajo sus alas.

Pistétero. — He ahí la perdiz.

Evélpides. — He ahí el francolín.

Pistétero. — Aquí la cerceta.

Evélpides. — Y aquí el alción. ¿Cuál es ese otro que le sigue?

La Abubilla. — ¿Aquél? Es el barbero.

Evélpides. — ¿Un pájaro que afeita?

Pistétero. — Espórgilo bien lo hace. Ahí está la lechuga.

Evélpides. — ¿Cómo dices?... ¿Quién trajo las lechugas a Atenas?

Pistétero. — La urraca, la tórtola, la alondra, la úlula, la hipotimis y la paloma.

Evélpides. — El mirlo, el gavián, la torcaz, el cuco, el totano y la ceblepiris.

Pistétero. — El porfirión, el cernícalo, el somormujo, la reborda, el quebrantahuesos y el pico.

Evélpides. — ¡Ay, ay! ¡Cuántos pájaros!

Pistétero. — ¡Ay, ay! ¡Cuántos mirlos! ¡Cuántos chillidos! ¡Qué movimiento! ¡Qué griterío!

Evélpides. — Pero ¿nos amenazan? ¡Oh dioses! ¡Abren los picos y nos miran a los dos!

Pistétero. — También a mí me lo parece.

El Coro. — ¡Popopopopopopopoi! ¿Dónde está el que me ha llamado? ¿En qué lugar se halla?

La Abubilla. — Soy yo. Hace rato que estoy aquí. Yo no abandono nunca a mis amigos.

El Coro. — ¡Tititititititi! ¿Qué vas a decirme de bueno?

La Abubilla. — Algo verdaderamente popular, seguro, justo, agradable y útil. Dos hombres, dos pensadores sutiles, han venido a encontrarme.

El Coro. — ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué dices?

La Abubilla. — Digo que llegaron hasta aquí dos ancianos del país de los hombres. Traen consigo las bases de un asunto maravilloso.

El Coro. — ¿Se ha visto alguna vez, desde que yo existo, semejante abominación? ¿Qué estás diciendo?

La Abubilla. — ¡Paciencia! No te asustes a la primera palabra.

El Coro. — ¿Qué me has hecho?

La Abubilla. — Acoger a dos hombres enamorados de nuestra sociedad.

El Coro. — ¡Tú hiciste semejante cosa!

La Abubilla. — Y me halago de ello.

El Coro. — ¿Dónde se encuentran ahora?

La Abubilla. — Entre nosotros, como yo misma.

El Coro. — ¡Ay, ay! ¡Traición! ¡Impiedad! Nuestro amigo, el que vivía con nosotros, el que se alimentaba en los mismos campos que nosotros, ha infringido nuestras antiguas leyes. Ha violado los juramentos de los pájaros. Nos ha preparado un lazo y nos ha entregado a esa raza impía, la cual, desde que existe, ha sido educada en hacernos la guerra. Pero más tarde arreglaremos las cosas con el pájaro. Ante todo, queremos que esos dos ancianos sean castigados y despedazados por nosotros.

Pistétero. — ¡Estamos perdidos!

Evélpides. — Sin embargo, eres tú quien tiene la culpa de todo. ¿Por qué me sacaste de allí?

Pistétero. — Para acompañarme.

Evélpides. — Sí, para hacerme derramar todas mis lágrimas.

Pistétero. — ¿Por eso? ¡Necedades! Respondo de ello.

Evélpides. — ¿Cómo?

Pistétero. — ¿Podrás llorar, cuando te hayan sacado los ojos?

El Coro. — ¡Ío! ¡Ío! ¡Adelante, marcha, ataca, da al enc-

migo un mortal asalto! ¡Despliega contra él todas tus alas! ¡Envuélvele! ¡Que los dos expíen su crimen y sean pasto de nuestros picos! No les queda montaña sombría, ni nube aérea, ni mar espumante para ofrecerles protección, y librarlos de nuestros golpes. ¡Vigila, pues! ¡De prisa: despedazad, morded! ¿Dónde está el taxiarca? ¡Que ordene avanzar el ala derecha!

Evélpides. — Ya llegó el momento. ¿A dónde huir? ¡Desdichado!

Pistétero. — ¡Vamos! ¿Estarás quieto?

Evélpides. — ¿Para que me destrocen ellos.

Pistétero. — ¿Cómo piensas librarte de sus garras?

Evélpides. — ¿Cómo? Lo ignoro.

Pistétero. — Pues yo te digo que debemos permanecer aquí, y combatir. Coge las ollas.

Evélpides. — ¿De qué va a servirnos una olla?

Pistétero. — La lechuza al menos, no nos atacará.

Evélpides. — Pero, ¿y éstos, con sus ganchudas uñas?

Pistétero. — Coge el asador, y aguanta firme detrás.

Evélpides. — ¿Y mis ojos?

Pistétero. — Toma esta vinagrera, o este plato, para protegerlos.

Evélpides. — ¡Oh qué hombre tan hábil! ¡Qué maravillosa invención! ¡Qué estrategia! ¡Superas a Nicías, en lo tocante a máquinas de guerra!

El Coro. — ¡Eleleleu! ¡Adelante, con el pico bajo! ¡Rápidos a la acción! ¡Tira, arranca, golpea, choca y rompe primero la olla!

La Abubilla. — Veamos, malas bestias, ¿por qué queréis matar y despedazar a dos hombres parientes de mi mujer, y de la misma tribu, sin que os hayan hecho nada?

El Coro. — No existe el perdón para los lobos. ¿Podrá ofrecerse jamás a mi venganza un enemigo más encarnizado?

La Abubilla. — Si son enemigos vuestros por naturaleza, son, en cambio, amigos de corazón. Han venido para daros un consejo provechoso.

El Coro. — ¿Para darnos un consejo útil? ¿Qué podrían decirnos de bueno, siendo enemigos nuestros de padres a hijos?

La Abubilla. — El sabio aprende, a menudo, del enemigo. La prudencia es la madre de la seguridad, y no es un amigo quien nos lo enseña. Un enemigo, nos la impone. No son los amigos sino antes los enemigos, que enseñaron a las ciudades a levantar murallas y a construir largas naves, y son esas enseñanzas las que protegen a nuestros hijos, casas y riquezas.

El Coro. — En efecto. Creo que es preferible oírlos, antes. Puede aprenderse incluso de un enemigo.

Pistétero. — Su cólera parece calmarse. Retrocede un poco.

La Abubilla. — Es justo, y es un favor que me debéis.

El Coro. — Nunca hasta hoy te resistimos en algo.

Pistétero. — Ya están más tranquilos sobre nosotros. Deja la olla y los dos platos. Con la lanza en la mano, es decir con el asador, paseémonos en nuestras líneas junto a la olla, límite del campo, y sin perderla de vista. Pues no conviene huir.

Evélpides. — Sea. Pero si nos matan, ¿dónde nos enterrarán?

Pistétero. — En el Cerámico. A fin de ser sepultados por cuenta del Estado, diremos al estratega que morimos en Orneas, combatiendo frente al enemigo.

El Coro. — Ocupad de nuevo vuestros puestos, y semejantes a los hoplitas, depositad vuestro valor junto a vuestra cólera. Preguntémosles quiénes son, de dónde vienen, y cuáles son sus propósitos. ¡Eh, Abubilla; a ti te llamamos!

La Abubilla. — ¿Qué quieres de mí?

El Coro. — ¿Quiénes son esos hombres y de dónde proceden?

La Abubilla. — Son extranjeros, llegados de Grecia, patria de la ciencia.

El Coro. — ¿Qué destino puede empujarlos a venir a la morada de los pájaros?

La Abubilla. — Enamorados de tus costumbres, de tu clase de vida y de ti mismo, quieren vivir contigo y no abandonarte jamás.

El Coro. — ¿Cómo! ¿Y qué dicen?

La Abubilla. — Cosas insospechadas e increíbles.

El Coro. — Verán sin duda alguna ventaja en residir aquí. Contarán conmigo para triunfar de algún enemigo, o bien para ser útiles a sus amigos.

La Abubilla. — Hablan de una felicidad inmensa, inefable e increíble. Todo te pertenecerá, aquí, allá y por doquier. Y lo demuestran.

El Coro. — ¡Están locos!

La Abubilla. — Al contrario. Nadie fue más prudente que ellos.

El Coro. — ¿Tienen sentada la cabeza?

La Abubilla. — Son dos zorros redomados, la sutileza en persona, astutos, socarrones y gente de talento.

El Coro. — Diles que me hablen, ¡de prisa! ¡Sólo de oírte, mis alas baten de alegría.

La Abubilla. — Vamos, vosotros dos, coged todo ese arsenal y suspendedlo en honor de la Buena Fortuna, en el hogar, junto al Genio protector. (*A Pistétero.*) Y tú, expones el asunto por el cual los he convocado. Habla.

Pistétero. — ¡No, por Apolo! A menos que no acuerden conmigo el mismo tratado que hizo con su mujer el mono armero, de no morderme, desgarrarme, ni registrarme...

El Coro. — El... no tengas miedo.

Pistétero. — No es eso. Me refiero a los ojos.

El Coro. — Trato hecho.

Pistétero. — Júralo.

El Coro. — Lo juro. Y sirva de garantía el sufragio unánime de los jueces y espectadores, si mantengo mi palabra.

Pistétero. — Lo tendrás.

El Coro. — Y si no lo cumplo... que obtenga un solo voto de mayoría.

Un Herald. — ¡Pueblos: escuchad! Que los hoplitas vuelvan a tomar sus armas y regresen a sus casas. Que esperen órdenes y se mantengan prestos al primer decreto que se publique.

El Coro. — En todas partes, y siempre, es el hombre un ser taimado. Sin embargo, habla, tú. Quizá vas a indicarme alguna buena idea de tu invención, algún aumento de poder que hayas podido ver y que permanecía olvidado debido a mi poca penetración. Habla en interés común. Si gracia a ti recibo algún beneficio, podrás compartirlo conmigo. Sea cual fuere el motivo que te indujo a venir, habla sin temor. Estamos dispuestos a no romper la tregua antes de haberte escuchado.

Pistétero. — Deseoso estoy de ello, ¡por Júpiter! Poseo la pasta para un discurso, y nada impidie ya amasarla. ¡Esclavo! Trae la corona; y agua para las manos. ¡De prisa!

Evélpides. — ¿Vamos a comer, o qué?

Pistétero. — ¡No! Pero deseo brindarles una gran idea, una palabra importante capaz de romper la corteza de su espíritu... ¡Sufro tanto por vosotros, que, habiendo sido reyes en otro tiempo...!

El Coro. — ¿Reyes, nosotros? ¿De qué?

Pistétero. — ¿Vosotros? De todo cuanto existe, en primer lugar de mí, de este amigo mío, y del propio Júpiter. Vosotros sois más antiguos que Saturno y más que los Titanes y la tierra.

El Coro. — ¿Que la tierra?

Pistétero. — ¡Verdaderamente, por Apolo!

El Coro. — He ahí, ¡por Júpiter!, algo que ignoraba.

Pistétero. — Es que vosotros carecéis de sabiduría y de deseos de aprender. Ni tan siquiera habéis leído y releído a Esopo, quien dijo que la alondra nació antes que todos los demás seres, y antes que la tierra. Su padre murió de enfermedad, y la tierra todavía no existía. Durante cinco días permaneció sin sepultura. Entonces la alondra, muy inquieta y no hallando otro camino, enterró a su padre en su cabeza.

Evélpides. — ¿Entonces el padre de la alondra descansa ahora en Céfale? (13).

La Abubilla. — ¿Así, si los pájaros han existido antes que la tierra y antes que los dioses, es por derecho de antigüedad que la realeza les pertenece?

Evélpides. — Sí, ¡por Apolo! Y de esta forma no tenéis más que afilar bien vuestro pico, puesto que Júpiter no tendrá prisa alguna en devolver el cetro al pito real.

Pistétero. — No eran los dioses quienes en otro tiempo gobernaban a los hombres. Eran los pájaros quienes reinaban. Las pruebas abundan. En primer lugar os citaré al gallo, que fue rey. El primer rey de todos. Él gobernó a los persas, antes que Darío y Megabises. Es por dicha razón que se le llama todavía el pájaro de Persia, en memoria de tal soberanía.

Evélpides. — Debe ser por la misma razón que, hoy todavía, anda majestuosamente, como el gran Rey, y es el único de los pájaros que lleva la tiara recta en la cabeza.

Pistétero. — Entonces era tan temible, tan alto y fuerte, que incluso hoy, como recuerdo de este antiguo poder, basta que cante al amanecer para que todos salten de la cama; herreros, ceramistas, guarnicioneros, zapateros, bañeros, harineros, fabricantes de escudos y ajustadores de liras. Con él se calzan y corren al trabajo, sin esperar a que llegue el día.

Evélpides. — Sobre este punto puedo deciros una cosa: el gallo me causó la pérdida, ¡ay!, de un hermoso manto de lana de Frigia. Fui invitado a una cena del décimo día, por el nacimiento de un niño, bebí abundantemente en la ciudad, y me quedé dormido. Pero antes que los demás hubieran terminado de beber se puso a cantar. Yo creí que estaba amaneciendo, y salí corriendo en dirección de Alimunte (14). Pero apenas había pasado la muralla, cuando un ladrón de vestidos me asestó un mazazo a la espalda. Me caí, quise gritar, pero mi manto había ya desaparecido.

Pistétero. — El milano fue entonces rey. Gobernaba a los griegos.

La Abubilla. — ¿A los griegos?

Pistétero. — Durante su reinado enseñóles, antes que nadie, a arrodillarse delante de los milanos.

Evélpides. — ¡Sí, por Baco! Ya me ha ocurrido a mí el tener que prosternarme a la vista de un milano. Me eché al suelo con la boca abierta y me tragué el óbolo. Luego tuve que regresar a casa con mi saco vacío.

Pistétero. — El cuco fue el rey de Egipto y de toda la Fenicia. Cuando cantaba ¡cu-cú! todos los fenicios cosechaban el trigo y la cebada de los campos.

Evélpides. — Claramente se ve el origen del proverbio: «¡Cu-cú!, los circuncidados al campo.»

Pistétero. — Tan cierto es que eran reyes, que cuantos poseían dicho título en las ciudades griegas — Agamenón y Menelao — llevaban un pájaro en lo alto de su cetro, y aquél recibía su parte en los regalos.

Evélpides. — Lo ignoraba. Por este motivo me asombraba cuando algún Príamo entraba en escena con un pájaro en las

tragedias. El pájaro permanecía allí, vigilando los regalos que recibía Lisícrates (15).

Pistétero. — Hay más todavía: el propio Júpiter, hoy reinante, está representado con un águila en la cabeza, en su cualidad de rey. Su hija lleva una lechuza, y Apolo, como ministro suyo, un azor.

Evélpides. — Tienes razón, ¡por Ceres! Pero ¿por qué llevan esos pájaros?

Pistétero. — Pues porque, cuando les ofrecen las entrañas en los sacrificios, según el rito, los pájaros se quedan con su parte, incluso antes que Júpiter. En aquel tiempo nunca juraba un hombre por los dioses, sino por los pájaros. Hoy todavía Lamón jura por la oca, cuando dice alguna mentira. Así fue como, según la opinión general, fuisteis vosotros antes grandes y sagrados. Mientras que ahora no sois para los hombres más que unos esclavos, unos necios, sin importancia alguna. Lanzan contra vosotros piedras, como a unos locos furiosos, incluso en los lugares consagrados. Ni un solo cazador deja de prepararos lazos, redes, cepos, hilos y pihuelas. Luego, una vez cazados, os venden a granel, y el comprador os toca para ver si estáis gordos. Menos mal si se contentaran con servirlos asados, ya que tal es su fantasía. Pero rallan el queso y lo mezclan con aceite, silfio y vinagre; le añaden alguna otra salsa dulce y grasienta, y vierten sobre vosotros ese guiso hirviendo, como si fueseis unas carroñas.

El Coro. — ¡Triste, muy triste el relato que nos has hecho, amigo mío! ¡Cuántas lágrimas derramé sobre la maldad de nuestros padres, que recibieron de sus abuelos esos honores como herencia, y nos los transmitieron hasta llegar a mí! Pero un dios propicio te envía, y un dichoso destino me hace ver en ti a un salvador. Pongo en tus manos mi vida, mis hijos y cuanto poseo. ¿Qué debo hacer? Habla sin tardanza, pues para nosotros la vida carece de valor mientras no reconquistemos a cualquier precio nuestra realeza.

Pistétero. — En primer lugar creo que todos los pájaros deben agruparse en una ciudad única. Después, alrededor de esa esfera aérea, de todo ese espacio comprendido entre el cielo y la tierra, hay que levantar un recinto con grandes ladrillos cocidos, como en Babilonia.

La Abubilla. — ¡Oh Cebrión! ¡Oh Porfirión! ¡Qué terrible plaza fuerte!

Pistétero. — Una vez edificada la ciudad, reclamaréis a Júpiter la soberanía. Si éste resiste y rehúsa, si no se confiesa vencido al primer intento, declaradle la guerra santa. Prohibid a los dioses que atraviesen vuestro país como antes, para ir a gozar con las Alcmena, Alope y Semele. Y si intentan pasar, dejadlos imposibilitados de amar. En cuanto a los hombres, que otro mensajero vaya a declararles que los pájaros vuelven

a ser reyes, y que en adelante es a ellos a quienes deben sacrificar. Los dioses figurarán en segundo lugar. Sería útil asociar un pájaro a cada uno de los dioses, el que tenga más relación con él. En los sacrificios a Venus se ofrecerá cebada a la picaza marítima. Si se inmola una oveja a Neptuno, el ánade recibirá su ofrenda de trigo. Cuando Hércules obtenga un buey, la gaviota recibirá grandes tortas con miel. Y si se dedica un carnero a Júpiter Rey, existe también el pájaro-rey, el reyezuelo, que tiene derecho, incluso antes que el propio Júpiter, al sacrificio de un mosquito macho.

Evélpides. — Me gusta este sacrificio de un mosquito. ¡Truena, ahora, Júpiter!

La Abubilla. — ¿Cómo reconocerán los hombres en nosotros a unos dioses, y no a unos grajos, puesto que tenemos plumas y volamos?

Pistétero. — Chocheas. ¡Mercurio también vuela, por Júpiter! Y es un dios. Lleva alas. Y también muchos otros dioses. En primer lugar, la Victoria vuela con alas de oro. Y el Amor, ¿no las tiene? ¿E Iris? Homero declara que es parecida a una tímida paloma.

La Abubilla. — Pero ¿no lanzará Júpiter sobre nosotros su rayo alado?

Pistétero. — Si los hombres, en su ignorancia, no os consideran para nada, si no reconocen otros dioses que los del Olimpo, que una nube de gorriones caiga entonces sobre sus campos y devore todas las semillas. Después de ello, que Ceres vaya a medirles el trigo cuando se hallen hambrientos.

Evélpides. — No lo hará, ¡por Júpiter! Ya veréis como alega mil pretextos.

Pistétero. — Luego, para demostrarles que sois dioses, que vayan los cuervos a sacar los ojos a sus bueyes de labranza y a sus rebaños. Y que Apolo los cure después, en su calidad de médico, ya que le pagan.

Evélpides. — Espera un poco, por favor, hasta que haya vendido mis dos bueyes.

Pistétero. — Si, por el contrario, reconocen en ti la divinidad, en ti la vida, en ti la Tierra, en ti a Saturno, y en ti a Neptuno, verán crecer todos sus bienes.

La Abubilla. — Citame uno de esos bienes.

Pistétero. — En primer lugar, las langostas no devorarán las flores de sus viñas. No será preciso más que un escuadrón de lechuzas y de cernícalos para aniquilarlas. Luego, ya no verán más cómo las moscas y los gusanos se comen sus higos, puesto que una bandada de tordos se los tragará limpiamente.

La Abubilla. — Pero ¿cómo podremos darles riqueza? Todos tienen por ella una pasión furiosa.

Pistétero. — Cuando consulten los augurios, el pájaro les

indicará las minas ricas. Revelará al adivino el comercio provechoso. Ya no morirá ni un solo navegante más.

La Abubilla. — ¿Ni uno más morirá? ¿Y cómo?

Pistétero. — Al consultar los augurios, antes de lanzarse a la vela, habrá siempre algún pájaro que les dirá: «No embarquéis; ahora; habrá tempestad...; ahora embarcad; tendréis ganancias.»

Evélpides. — Me compro un navío y me dedico al comercio. Ya no me quedo con vosotros.

Pistétero. — Los pájaros les descubrirán los tesoros y el dinero escondido en otros tiempos, pues todos los conocéis. Ya lo dice el proverbio: «Nadie sabe dónde se halla mi tesoro, si no es quizás algún pájaro.»

Evélpides. — Vendo mi nave, me compro un azadón y me dedico a desenterrar ollas llenas de oro.

La Abubilla. — Pero ¿cómo les daremos la salud, don que sólo poseen los dioses?

Pistétero. — Si son dichosos, ¿qué más salud podemos darles? Créeme: un desgraciado nunca está bueno.

La Abubilla. — ¿Cómo llegarán a la vejez? También ésta permanece en el Olimpo. ¿Se verán obligados a morir en la infancia?

Pistétero. — ¡No, por Júpiter! Los pájaros les darán trescientos años de vida.

La Abubilla. — ¿De dónde los tomarán?

Pistétero. — ¿De dónde? De vosotros mismos. ¿Ignoras que la graznadora corneja vive cinco generaciones de hombres?

Evélpides. — ¡Oh, oh! ¡Cuánto esos reyes valen más para nosotros que Júpiter!

Pistétero. — Mucho más, en efecto. En primer lugar, no tendremos necesidad de edificarles templos de mármol con puertas de oro. Vivirán en los arbustos y en los bosques de encinas. Los pájaros ilustres tendrán como templo un olivo. Se acabaron ya los viajes a Delfos, o al templo de Amnón, para celebrar sacrificios. De pie, y en medio de los madroños e higueras silvestres, les ofreceremos la cebada y el trigo a manos llenas, rogándoles al mismo tiempo que nos concedan una parte de sus bienes. Y los conseguiremos en seguida, con sólo unos granos de trigo.

El Coro. — ¡Oh anciano, mi amigo hoy más querido, a pesar de haber sido tan odiado! ¡No! Ya no es posible que rompa jamás voluntariamente con tu pensamiento. Exaltado por tus discursos, me veo con fuerzas para desafiarlo todo. Lo juro. Si, fiel a las declaraciones amistosas, justas, leales y santas que nos has hecho, vas en contra de los dioses con tus sentimientos de acuerdo conmigo, no les queda a los dioses ya mucho tiempo para seguir empleando mi cetro. Estamos

preparados para todo cuanto signifique acción y fuerza. Lo que exija reflexión y consejo, lo dejamos de tu cuenta.

La Abubilla. — No es hora, ¡por Júpiter!, de dormirse y matar el tiempo como hace Nicias. Es preciso obrar rápidamente. Entrad ahora en mi nido, ahí cerca, sobre mis briznas y follaje, y decidnos vuestros nombres.

Pistétero. — Es fácil. Me llamo Pistétero.

La Abubilla. — ¿Y él?

Pistétero. — Evélpides, de Tría.

La Abubilla. — Salud a los dos.

Pistétero. — Aceptado.

La Abubilla. — Entrad por aquí.

Pistétero. — Sea. Condúcenos.

La Abubilla. — Venid.

Pistétero. — ¡Ay! ¡Mal asunto! Por aquí, atrás, por favor. Consideremos un poco. Dinos: ¿cómo viviremos con vosotros? Vosotros voláis, y nosotros no.

La Abubilla. — No tiene importancia.

Pistétero. — Piénsalo. Esopo dice en alguna parte, en sus fábulas, que la zorra lo pasó mal un día con su alianza con el águila.

La Abubilla. — Nada temas. Comeréis ciertas raíces, que os darán alas.

Pistétero. — En tal caso, entremos. ¡Cuidado, Jantias y Manodoro! Coged las mantas.

El Coro. — ¡Eh! A ti te llamo; a ti.

La Abubilla. — ¿Qué deseas?

El Coro. — Acompáñalos y dales bien de comer. Pero déjanos a tu armoniosa amiga, rival de las Musas, Procne. Hazla salir, para que se mezcle en nuestros juegos.

Pistétero. — ¡Oh, sí, por Júpiter! Complácelos. Haz salir de los floridos juncos al encantador pájaro. Llámale, por favor. ¡Que nosotros podamos, también, contemplar al ruiseñor!

La Abubilla. — Sea, ya que lo deseáis. Procne, sal y muéstrate a esos extranjeros.

Pistétero. — ¡Oh venerable Júpiter! ¡Qué delicioso pajarito (16)! ¡Qué ternura! ¡Qué brillantez!

Evélpides. — ¿Sabes que de buena gana la estrecharía entre mis brazos?

Pistétero. — ¡Cuánto oro! Parece una doncella.

Evélpides. — Siento deseos de darle un beso.

Pistétero. — Pero, desdichado; tiene un pico largo como dos asadores.

Evélpides. — Sí, pero puedo hacer como en un huevo: quitarle la cascarilla que cubre su cabeza, y luego besarla.

La Abubilla. — Entremos.

Pistétero. — ¡Guíanos, y buena suerte!

do sintiera hambre o se aburriera en los coros trágicos, levantaría el vuelo e iría a cenar a su casa. Y luego, ya satisfecho, volvería hacia nosotros volando. Si otro, algún Patrócrides, se hallara en una apremiante necesidad, en lugar de ensuciar su vestido, levantaría el vuelo e iría a desahogarse lejos de allí, regresando después ya aliviado. Si uno de vosotros reservara un tierno sentimiento por la mujer del vecino, al ver al marido sentado en los bancos de los senadores desplegaría sus alas, levantaría el vuelo, y, una vez la misión cumplida, volvería para ocupar de nuevo su sitio. ¡Tener alas! ¿Hay nada mejor en el mundo? Ved, sino, a Diitrefes, que sólo tiene alas de mimbre, y sin embargo ha sido elegido filarco, primero, y luego, hiparco. Salido de la nada, le vemos convertido en un personaje; ya es ahora un necio fanfarrón.

Pistétero. — ¡Ya está! (20). ¡No, por Júpiter! Nunca vi nada más extraño.

Evélpides. — ¿De qué te ríes?

Pistétero. — De tus plumas. ¿Sabes a quién te pareces con tus alas? A una oca mal pintada.

Evélpides. — Y tú a un mirlo rapado como un orinal.

Pistétero. — En efecto, éstos son nuestros modelos. Será, sin duda, para justificar las palabras de Esquilo: «Con nuestras plumas, y no con las de otros.»

La Abubilla. — Y bien, ¿qué hacemos?

Pistétero. — En primer lugar hay que buscar un nombre para la ciudad, que sea famoso y resplandeciente. Luego sacrificaremos en honor de los dioses.

Evélpides. — Lo mismo creo yo.

La Abubilla. — Veamos: ¿cómo la llamaremos?

Pistétero. — ¿Queréis darle un nombre pomposo, tomado de Lacedemonia? Llamémosla Esparta.

Evélpides. — ¡Por Hércules! ¡Darle a mi ciudad el nombre de Esparta! No quisiera ese nombre ni para designar mi camastro, aunque no tuviera más que una estera de esparto.

La Abubilla. — ¿Qué otro nombre podemos ponerle?

Evélpides. — Uno sacado de allá arriba, de las nubes, de las regiones celestes. Un nombre fastuoso.

Pistétero. — ¿Te gusta el de Nefelococigia? (21).

La Abubilla. — ¡Bravo, bravo! ¡Qué nombre tan hermoso y grande has encontrado!

Evélpides. — ¿No es en esa misma ciudad donde Teógenes y Esquines poseen todas sus riquezas?

Pistétero. — Muy bien dicho. También el país de Flegra, donde los dioses, desde lo alto del cielo, tuvieron la insolencia de atravesar con sus dardos a los hijos de la Tierra.

Evélpides. — ¡Hermoda ciudad! Pero ¿qué dios la protegerá? ¿A cuál de ellos dedicaremos el peplo?

Pistétero. — ¿Por qué no reservar tal honor para Minerva Poliada?

Evélpides. — He ahí una ciudad bien ordenada. Como dios protector señalaremos a una mujer armada de pies a cabeza, y a Clístenes para hilar.

Pistétero. — ¿Quién vigilará el recinto pelárgico?

La Abubilla. — Uno de los nuestros, de raza persa, proclamado en todas partes como el pájaro más veliente: un pollo de Marte.

Evélpides. — ¡Salud, pollo rey! ¡Un dios perfecto para vivir entre piedras!

Pistétero. — Vamos; vete tú por los aires a ayudar a los albañiles. Llévales morrillos y amasa mortero. Quitate los vestidos. Sube la gamella y cáete de la escalera. Dispón centinelas y esconde el fuego debajo de la ceniza. Recorre las murallas con la campanilla y duérmete allí arriba. Remite mensajeros, uno a lo alto junto a los dioses, y otro abajo, con los hombres, y desde allí a mi casa...

Evélpides. — Tú quédate aquí, o vete a que te cuelguen en mi casa.

Pistétero. — Anda, amigo mío, a donde te envío; pues sin ti nada se hará de todo eso. Mientras, yo iré a celebrar un sacrificio a los nuevos dioses, y llamaré al sacerdote para ordenar la ceremonia. ¡Esclavo, esclavo! Trae el cesto y el agua lustral.

El Coro. — Aprobado, adoptado y convencido: gran solemnidad religiosa en honor de los dioses, y por otra parte el sacrificio de una oveja como testimonio de agradecimiento. Subid, subid, subid hasta el dios, cantos píticos, y que facilite Quereis el acompañamiento.

Pistétero (al flautista). — Cesa de soplar. ¿Qué ocurre? ¡Por Hércules! ¿Qué es eso? ¡Muchas maravillas he visto, oh dioses, pero nunca a un cuervo con bozal!

La Abubilla. — Sacerdote, manos a la obra. Empieza el sacrificio en honor de los nuevos dioses.

El Sacerdote. — Lo haré. Pero ¿dónde está el que lleva el cesto? Invocad a la Vesta emplumada, al milano dios del hogar, y a todos los pájaros, dioses y diosas, olímpicos y olímpicas..

El Coro. — ¡Salud, Gavilán de Sunio! ¡Salud, oh Cigüeña Acropólita!

El Sacerdote. — ...Cisne de Pitos y de Delos. Latona-Madrecodorniz, Diana-Jilguero...

Pistétero. — Ya no existe la Diana Celenis. En adelante, se llamará Diana-Jilguero.

El Sacerdote. — ...Baco-Pinzón, Cibeles-Avestruz, madre de los dioses y los hombres.

El Coro. — ¡Oh divina Cibeles-Avestruz, madre de Cleó-

trico: concede salud y dicha a los nefelococigios... y a los habitantes de Quios!

Pistétero. — ¿A la gente de Quios? Me gusta verla metida en todas partes.

El Sacerdote. — Invocad a los héroes, a los pájaros y a los hijos de los héroes: al porfirión, al pelicano, al pelecino, al fléxide, al tetraón, al pavo real, a la úlula, a la cerceta, al elasa, a la garza, al mergo, al becafigo, al pavo...

Pistétero. — ¡Vete a los infiernos! ¡Basta de invocaciones! ¡Uf, uf! ¡Pobre sacrificio, llamando víctimas a las águilas de mar y a los buitres! ¿No ves cómo un solo milano bastaría para llevárselo todo? ¡Vete, tú y tus ínfulas! Yo sólo me encargaré del sacrificio.

El Sacerdote. — Espera. Antes es preciso que entone, en el agua lustral, un segundo canto sacrosanto y que invoque a los Bienaventurados. Al menos a uno de ellos, si es que tenéis suficientes provisiones, pues por el momento, en lo que toca a ofrendas, sólo veo pelos y cuernos.

Pistétero. — Sacrifiquemos e invoquemos a los dioses alados.

Un Poeta. — ¡Canta, oh Musa! Celebra en tus himnos a Nefelococigia, la ciudad afortunada.

Pistétero. — ¿Qué es eso? ¿De dónde te has caído? Dime, ¿quién eres?

El Poeta. — Yo soy el cantor épico, de melodiosa voz; el celoso servidor de las Musas, como dice Homero.

Pistétero. — ¿Qué dices? ¿Eres un esclavo y no llevas el pelo afeitado?

El Poeta. — No es eso. Nosotros, los poetas, somos los celosos servidores de las Musas, como dice Homero.

Pistétero. — No me extraña que tu manto sea tan ligero. Pues bien, poeta, ¿por qué motivo has venido a parar aquí?

El Poeta. — Escribí versos a la gloria de vuestra Nefelococigia, muchos hermosos ditirambos, partenias y odas al estilo de Simónides.

Pistétero. — ¿Cuándo los escribiste? ¿Cuánto tiempo hace?

El Poeta. — Hace ya mucho tiempo que celebro a esa ciudad.

Pistétero. — ¡Cómo! En este preciso instante estoy inaugurando su nacimiento por medio de un sacrificio. Acabo de darle su nombre, como a un recién nacido.

El Poeta. — Rápida es la voz de las Musas, parecida al vuelo impetuoso de los corceles... «¡Oh, tú, padre y fundador del Etna, cuyo nombre es sinónimo de los sacrificios divinos», dame lo que tu corazón te inspiró, dame generosamente lo que más deseas para ti.

Pistétero. — Esa peste va a molestarnos mucho si no le ofrecemos algún presente para librarnos de ella. ¡Eh! Tú, que

llevas túnica y manto, quítate el manto y dáselo al sabio poeta. Toma el manto; me parece que estás tiritando.

El Poeta. — En ese punto, mi musa acepta el don sin desagrado. Pero recoge en tu alma esos versos de Píndaro...

Pistétero. — Ese fastidioso no acabará de marcharse.

El Poeta. — ...«Entre los escitas nómada va errante Estratón. No posee túnica, y sin ella el manto solo es miserable.» ¿Has comprendido lo que he dicho?

Pistétero. — Comprendo que quieres también la túnica. — Vamos, quítate la túnica; hay que ser amable con el poeta. — Tómala, pues, y vete.

El Poeta. — Ya me voy. Pero antes de marcharme no quiero dejar de cantar a vuestra ciudad: «Celebra, ¡oh dios del trono de oro!, celebra a la friolenta y glacial. Visité los campos nevados y... fértiles. ¡Tralalá!»

Pistétero. — Bien, ¡por los dioses! Estás ya garantizado contra el hielo, con este manto que te hemos dado. ¡Por Júpiter! Nunca hubiera creído semejante desgracia. ¿Cómo supo tan rápidamente la existencia de la ciudad? (*Al sacerdote.*) Tú, con la vasija en la mano, da otra vuelta al altar.

El Sacerdote. — ¡Silencio!

Un Adivino. — No toquéis el chivo.

El Sacerdote. — ¿Quién eres tú?

El Adivino. — ¿Quién? Un adivino.

El Sacerdote. — Entonces, vete a pasear.

El Adivino. — Amigo mío, nada de irreverencias respecto a las cosas santas. Existe un oráculo en Bacis que designa claramente a Nefelococigia.

Pistétero. — Entonces, ¿por qué no lo publicasteis antes que yo fundara esta ciudad?

El Adivino. — Lo divino me lo impedía.

Pistétero. — Nada nos prohíbe escuchar las propias palabras.

El Adivino. — «Cuando los lobos y las blancas cornejas habitarán juntos, entre Corinto y Sicione...»

Pistétero. — ¿Qué tengo yo que ver con los corintios?

El Adivino. — Con estas palabras, Bacis designa al aire... «Sacrificad primero a Pandora un carnero de negro vellón, y al primero que habrá proclamado mis oráculos dadle un vestido inmaculado, calzado nuevo...»

Pistétero. — ¿Los zapatos van también incluidos?

El Adivino. — Toma, lee: «Junto con esto, una copa de vino y carne a manos llenas.»

Pistétero. — Hay también: ¿dad carne?

El Adivino. — Toma, lee: «Si sigues mis principios, joven adivino, serás águila en las nubes. Pero si no das nada, no serás ni langosta, ni águila, y ni pito real.»

Pistétero. — ¿Esto también figura?

El Adivino. — Toma, lee.

Pistétero. — Entonces ese oráculo no se parece mucho al que yo escribí dictado por Apolo: «Si algún descarado, sin ser invitado, llega a importunarme durante la celebración del sacrificio y reclama su parte de carne, pégale en las costillas...»

El Adivino. — Creo que te estás burlando.

Pistétero. — Toma, lee: «Nada de remilgos, ni para el águila en las nubes; aunque fuese Lampón (22), o bien el gran Diópites.»

El Adivino. — ¿Hay también esto?

Pistétero. — Toma, lee. ¿Quieres irte, ahora a los infiernos?

El Adivino. — ¡Ay! ¡Infortunado!

Pistétero. — ¿Quieres irte corriendo a cantar tus oráculos a otro sitio?

Metón. — Vengo a...

Pistétero. — Otro importuno. ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Cuál es tu intención, tu finalidad y tu pensamiento? ¿Por qué adoptas esa trágica postura?

Metón. — Vengo a mediros el aire y a dividirlo en pedazos.

Pistétero. — ¿Qué clase de hombre eres? ¡En nombre de los dioses!

Metón. — ¿Quién, yo? Soy Metón, conocido en toda la Grecia y en Colona (23).

Pistétero. — Eso que traes, ¿qué es?

Metón. — Reglas para medir el aire. El aire, en una palabra, tiene completamente la forma de un horno. Yo aplico por arriba esta regla curva, pongo el compás, y... ¿Comprendes?

Pistétero. — En absoluto.

Metón. — Aplicó esta regla recta, tomo mis medidas, y de un círculo te hago un cuadrado. En el centro coloco la plaza pública, con unas calles que afluyen derechamente a ese centro común. De la misma manera el astro del día, a pesar de ser redondo, lanza en todos sentidos rayos en línea recta.

Pistétero. — ¡Nuevo Tales! Metón...

Metón. — ¿Qué hay?

Pistétero. — ¿Quieres que te dé un consejo de amigo? Créeme; márchate suavemente.

Metón. — ¿Qué puedo temer?

Pistétero. — Aquí, como en Lacedemonia, se expulsa a los extranjeros. Han llovido ya muchos golpes en la ciudad.

Metón. — ¿Existe entre vosotros alguna sedición?

Pistétero. — No; no es eso.

Metón. — ¿Qué ocurre, entonces?

Pistétero. — Estamos de acuerdo en expulsar a todos los charlatanes.

Metón. — ¡Bien! Ya me voy.

Pistétero. — No sé si vas a llegar a tiempo. Una lluvia de granizo amenaza. (*Le pega.*)

Un Inspector. — ¿Dónde están los próxenos (24)?

Pistétero. — ¿Quién es ese Sardanápalo?

El Inspector. — Vengo a Nefelococigia en calidad de inspector. La suerte me ha designado.

Pistétero. — ¿Inspector? ¿Quién te envía aquí?

El Inspector. — Un maldito decreto de Teleas.

Pistétero. — Veamos: ¿quieres cobrar tu salario, no ocuparte de nada, e irte?

El Inspector. — De buena gana. Necesito estar hoy mismo en Atenas, para asistir a la Asamblea. Varios asuntos con Farnaces han pasado por mis manos.

Pistétero. — Toma y vete. Aquí tienes tu salario. (*Le pega.*)

El Inspector. — ¿Qué? ¿Qué es esto?

Pistétero. — Es la Asamblea, respecto a Farnaces.

El Inspector. — ¡Sed testigos! Me ha pegado. ¡A un inspector!

Pistétero. — ¿Quieres largarte de una vez a tus urnas? ¡Esto es demasiado! Envían inspectores a nuestra ciudad, y todavía no ha terminado el sacrificio de consagración.

Un Vendedor de Decretos. — «Si un nefelococigio llegase a faltar a un ateniense...»

Pistétero. — ¿Qué son esos papeles?

El Vendedor de Decretos. — Soy un vendedor de decretos. Vengo aquí a venderos las más recientes leyes.

Pistétero. — ¿Cuáles?

El Vendedor de Decretos. — «Los nefelococigos usarán los mismos pesos y medidas, y se regirán por las mismas leyes, que los olofixios» (25).

Pistétero. — Tú vas a vivir ahora bajo la ley de los ototixios (26).

El Vendedor de Decretos. — ¡Eh! ¿Qué vas a hacer?

Pistétero. — ¿Quieres marcharte con tus leyes? Yo te enseñaré hoy otras muy duras.

El Inspector (volviendo). — Cito a Pistétero, por violencia, el mes Muniquión.

Pistétero. — ¿Cómo, amigo? ¿Pero aún estás aquí?

El Vendedor de Decretos. — «Si alguien expulsara a los magistrados o rehusara, recibirlos, de conformidad con el decreto fijado en esta columna...»

Pistétero. — ¡Oh, qué peste! ¿Tú también estás aquí todavía?

El Inspector. — Te extermino. Te haré condenar a diez mil dracmas de multa.

Pistétero. — Yo yo haré pedazos tus dos urnas.

El Inspector. — ¿Te acuerdas de aquella noche en que hiciste tus necesidades junto a la columna de los edictos?

Pistétero. — ¡Bah! ¡Cogedle! ¡Eh! ¿Ya no te quedas?

El Sacerdote. — ¡De prisa, vámonos de aquí! Entremos en la casa a sacrificar el chivo en honor de los dioses.

El Coro. — Lo veo todo, y reino sobre todas las cosas. En adelante, es a mí a quien ofrecerán todos los mortales los sacrificios, votos y plegarias. Mi mirada cubre enteramente la tierra. Yo preservo el fruto en la flor; destruyo las innumerables legiones de insectos que, en todas partes, atacan a los árboles con sus voraces dientes, devoran los gérmenes y engordan con los frutos. Condono a morir a cuantos, azote de los jardines, devastan las perfumadas tierras. Reptiles y animales venenosos de todas clases, caen aniquilados al golpe de mis alas.

»Hoy se oye proclamar en todas partes: «Un talento para quien mate a Diágoras de Melos. El que mate a uno de los tiranos, recibirá un talento.» Pero nosotros queremos también promulgar este decreto: «Un talento para el que mata a Filócrates el pajarero, y cuatro para el que lo trajere vivo. Él es quien ata los pinzones en grupos de a siete, y los vende por un óbolo; él es quien martiriza a los tordos, hinchándolos para que parezcan más gordos; a los mirlos les atraviesa el pico con una pluma; coge unas cuantas palomas, las encierra en una redcilla y las obliga a servir de cepo.» He aquí nuestro decreto. Además, ordenamos a cuantos crían pájaros encerrados en jaulas, a que los suelten. En caso de resistencia, seréis cogidos por los pájaros y puestos en una jaula, para servir también de cepo.

»¡Oh pájaros dichosos, pueblo alado! ¡Nosotros no tenemos necesidad de manto en invierno! Durante el verano, no sentimos los ardores del sol, ni nos devoran sus rayos abrasadores. Habitamos en los floridos valles, en el seno del follaje, mientras la cigarra, inspirado cantor ebrio de sol, lanza sus estridentes melodías bajo el fuego del mediodía. Durante el invierno, en el refugio de las grutas, nos mezclamos con los juegos de las Ninfas de la Montaña. Y en la primavera, picoteo, sobre el mirto amado de las vírgenes, las nuevas bayas en los jardines de las Gracias.

»A los jueces queremos decirles una palabra, respecto al premio: si nos lo conceden, todos ellos recibirán de nosotros mayor número de bienes que Paris recibiera jamás. En primer lugar, las lechuzas de Laurium, tan apreciadas por todos los jueces, no os han de faltar nunca; habitarán en vuestras casas, anidarán en vuestras bolsas, y empollarán en ellas piezas de moneda. Además, vuestras casas serán como templos: nosotros las coronaremos con el águila. Si la suerte os designa para ocupar alguna magistratura, y tenéis ganas de hurtar

un poco, os pondremos en la mano un pequeño azor dispuesto a hacer limpieza. Si se os invita a comer, os enviaremos un buche. Pero si, al contrario, os decidís a ir contra nosotros, encargad que os forjen una de esas sombrillas que protegen las estatuas; pues si alguno de vosotros no anda previsto de su sombrilla, el día que lleve una túnica blanca nos las pagará todas juntas, cubriéndole de inmundicias.

Pistétero. — Pájaros: todo va bien en cuanto a los sacrificios se refiere. Pero, cosa rara, no viene de la muralla ningún mensajero para traernos noticias de la marcha de las obras. ¡Ah! Ahí viene uno corriendo sin aliento.

Un Mensajero. — ¿Dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde está Pistétero, nuestro jefe?

Pistétero. — Aquí.

El Mensajero. — Tu muralla está terminada.

Pistétero. — ¡Muy bien!

El Mensajero. — ¡Hermoso trabajo! ¡Magnífico! Su anchura es tan prodigiosa, que Proxénides, el fanfarrón, y Teóginos, podrían cruzarse cómodamente, conduciendo cada uno un carro arrastrado por grandes corceles como el caballo de madera de Troya.

Pistétero. — ¡Oh Hércules divino!

El Mensajero. — Su largura — yo mismo la he medido — es de cien brazas.

Pistétero. — ¡Oh Neptuno! ¡Qué longitud! ¿Quiénes han construido tan gigantesca muralla?

El Mensajero. — Los pájaros, y nadie más que ellos: ni peones egipcios para llevar los ladrillos ni talladores de piedra, y ni carpinteros. Han sido ellos, con sus propias manos. Estoy maravillado de ello. Llegaron de Libia treinta mil grullas transportando piedras para los cimientos; los rascones las tallaban con el pico; y los chorlitos y demás pájaros acuáticos subían el agua al aire.

Pistétero. — ¿Quiénes traían el mortero?

El Mensajero. — Las garzas, en unas gamellas.

Pistétero. — Pero ¿quién lo ponía dentro?

El Mensajero. — Sobre este punto, amigo mío, era maravilloso: los gansos removían con sus patas el mortero, a manera de palas, y lo echaban dentro de las gamellas.

Pistétero. — ¿Qué no harán con las patas?

El Mensajero. — Los ánades, con sus tirantes blancos, arrastraban las tejas. Se los veía volar en lo alto, con la paleta atrás, como quien lleva un niño. Las golondrinas traían el cemento con el pico.

Pistétero. — ¿Para qué pagar, en adelante, a los obreros? Pero, veamos, ¿quién ha trabajado la madera de las puertas?

El Inspector. — ¿Te acuerdas de aquella noche en que hiciste tus necesidades junto a la columna de los edictos?

Pistétero. — ¡Bah! ¡Cogedle! ¡Eh! ¿Ya no te quedas?

El Sacerdote. — ¡De prisa, vámonos de aquí! Entremos en la casa a sacrificar el chivo en honor de los dioses.

El Coro. — Lo veo todo, y reino sobre todas las cosas. En adelante, es a mí a quien ofrecerán todos los mortales los sacrificios, votos y plegarias. Mi mirada cubre enteramente la tierra. Yo preservo el fruto en la flor; destruyo las innumerables legiones de insectos que, en todas partes, atacan a los árboles con sus voraces dientes, devoran los gérmenes y engordan con los frutos. Condono a morir a cuantos, azote de los jardines, devastan las perfumadas tierras. Reptiles y animales venenosos de todas clases, caen aniquilados al golpe de mis alas.

»Hoy se oye proclamar en todas partes: «Un talento para quien mate a Diágoras de Melos. El que mate a uno de los tiranos, recibirá un talento.» Pero nosotros queremos también promulgar este decreto: «Un talento para el que mata a Filócrates el pajarero, y cuatro para el que lo trajere vivo. Él es quien ata los pinzones en grupos de a siete, y los vende por un óbolo; él es quien martiriza a los tordos, hinchándolos para que parezcan más gordos; a los mirlos les atraviesa el pico con una pluma; coge unas cuantas palomas, las encierra en una redcilla y las obliga a servir de cepo.» He aquí nuestro decreto. Además, ordenamos a cuantos crían pájaros encerrados en jaulas, a que los suelten. En caso de resistencia, seréis cogidos por los pájaros y puestos en una jaula, para servir también de cepo.

»¡Oh pájaros dichosos, pueblo alado! ¡Nosotros no tenemos necesidad de manto en invierno! Durante el verano, no sentimos los ardores del sol, ni nos devoran sus rayos abrasadores. Habitamos en los floridos valles, en el seno del follaje, mientras la cigarra, inspirado cantor ebrio de sol, lanza sus estridentes melodías bajo el fuego del mediodía. Durante el invierno, en el refugio de las grutas, nos mezclamos con los juegos de las Ninfas de la Montaña. Y en la primavera, picoteo, sobre el mirto amado de las vírgenes, las nuevas bayas en los jardines de las Gracias.

»A los jueces queremos decirles una palabra, respecto al premio: si nos lo conceden, todos ellos recibirán de nosotros mayor número de bienes que Paris recibiera jamás. En primer lugar, las lechuzas de Laurium, tan apreciadas por todos los jueces, no os han de faltar nunca; habitarán en vuestras casas, anidarán en vuestras bolsas, y empollarán en ellas piezas de moneda. Además, vuestras casas serán como templos: nosotros las coronaremos con el águila. Si la suerte os designa para ocupar alguna magistratura, y tenéis ganas de hurtar

un poco, os pondremos en la mano un pequeño azor dispuesto a hacer limpieza. Si se os invita a comer, os enviaremos un buche. Pero si, al contrario, os decidís a ir contra nosotros, encargad que os forjen una de esas sombrillas que protegen las estatuas; pues si alguno de vosotros no anda previsto de su sombrilla, el día que lleve una túnica blanca nos las pagará todas juntas, cubriéndole de inmundicias.

Pistétero. — Pájaros: todo va bien en cuanto a los sacrificios se refiere. Pero, cosa rara, no viene de la muralla ningún mensajero para traernos noticias de la marcha de las obras. ¡Ah! Ahí viene uno corriendo sin aliento.

Un Mensajero. — ¿Dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde está Pistétero, nuestro jefe?

Pistétero. — Aquí.

El Mensajero. — Tu muralla está terminada.

Pistétero. — ¡Muy bien!

El Mensajero. — ¡Hermoso trabajo! ¡Magnífico! Su anchura es tan prodigiosa, que Proxénides, el fanfarrón, y Teóginos, podrían cruzarse cómodamente, conduciendo cada uno un carro arrastrado por grandes corceles como el caballo de madera de Troya.

Pistétero. — ¡Oh Hércules divino!

El Mensajero. — Su largura — yo mismo la he medido — es de cien brazas.

Pistétero. — ¡Oh Neptuno! ¡Qué longitud! ¿Quiénes han construido tan gigantesca muralla?

El Mensajero. — Los pájaros, y nadie más que ellos: ni peones egipcios para llevar los ladrillos ni talladores de piedra, y ni carpinteros. Han sido ellos, con sus propias manos. Estoy maravillado de ello. Llegaron de Libia treinta mil grullas transportando piedras para los cimientos; los rascones las tallaban con el pico; y los chorlitos y demás pájaros acuáticos subían el agua al aire.

Pistétero. — ¿Quiénes traían el mortero?

El Mensajero. — Las garzas, en unas gamellas.

Pistétero. — Pero ¿quién lo ponía dentro?

El Mensajero. — Sobre este punto, amigo mío, era maravilloso: los gansos removían con sus patas el mortero, a manera de palas, y lo echaban dentro de las gamellas.

Pistétero. — ¿Qué no harán con las patas?

El Mensajero. — Los ánades, con sus tirantes blancos, arrastraban las tejas. Se los veía volar en lo alto, con la paleta atrás, como quien lleva un niño. Las golondrinas traían el cemento con el pico.

Pistétero. — ¿Para qué pagar, en adelante, a los obreros? Pero, veamos, ¿quién ha trabajado la madera de las puertas?

El Mensajero. — Había pájaros carpinteros, muy hábiles por cierto, pelícanos que construían las puertas con sus picos. Mientras trabajaban se oía un ruido parecido al de un arsenal. En este momento las puertas están ya colocadas, con sus cerrojos y sus guardas. Circulan las rondas, con una campanilla. En todas partes vigilan los centinelas, y abundan las señales de noche sobre las murallas. Pero, corro a lavarme. Ahora te toca a ti terminar la obra.

El Coro (a Pistétero). — Vamos, ¿en qué piensas? ¿Te extraña que la muralla haya sido construida tan de prisa?

Pistétero. — ¡Sí, por los dioses! Tengo mis motivos para ello. Verdaderamente todo eso me parece una fábula. ¡Ah! Ahí va un centinela de las murallas, corriendo hacia nosotros. Sus ojos están danzando la *Pírrica* (27).

Mensajero Segundo. — ¡Oh, oh, oh, oh, oh, oh!

Pistétero. — ¿Qué ocurre?

Mensajero Segundo. — ¡Un hecho indigno! Algún dios, enviado por Júpiter, acaba de atravesar lo aires, franqueando nuestras puertas a toda velocidad, a pesar de los grajos que montaban la guardia de día.

Pistétero. — ¡Qué infamia! ¡Es abominable! ¿De qué dios se trata?

Mensajero Segundo. — Lo ignoramos. Lo único que sabemos es que llevaba alas.

Pistétero. — ¿Por qué no habéis mandado en seguida la patrulla, en su persecución?

Mensajero Segundo. — Expedimos el cuerpo de arqueros a caballo, es decir, treinta mil azores. La legión entera de ganchudas uñas se halla en campaña, cernícalos, gerifaltes, buitres y águilas. Precipitáronse todos, con las alas batiendo el aire que silba y estremece.

Pistétero. — ¡De prisa, pues! ¡Hondas y arcos en la mano! ¡Todos aquí! ¡Preséntense nuestras fuerzas provistas de lanzas y dardos! ¡Traed mi honda para mí!

El Coro. — ¡Una guerra acaba de estallar, una guerra espantosa, entre los dioses y yo! ¡Vigilad todos, oh hijos del Erebo! ¡Guardad el aire, rodeado de nubes, a fin de que algún dios no se insinúe por aquí sin ser visto! ¡Extended por todas partes vuestras miradas ¡El dios se acerca, ya está encima de nosotros y se oye el ruido del aire agitado por sus alas!

Pistéteros. — ¡Hola! ¡Tú! ¿Adónde vuelas, adónde? ¡Detente! ¡Alto! ¡Párate, y deja de correr! ¿Quién eres? ¿Cuál es tu país? ¿De dónde procedes? ¡Habla!

Iris. — ¿Yo? Vengo de la morada de los dioses del Olimpo.

Pistétero. — ¿Cuál es tu nombre, navío o casco?

Iris. — La veloz Iris.

Pistétero. — ¿La *Paralos*, o la *Salamina*?

Iris. — ¿Qué estás diciendo?

Pistétero. — ¿No habrá por ahí algún corpulento buarillo (28) para caerle encima y remolcarla?

Iris. — ¿A mí? ¿Caerme encima? ¡Qué locura es ésa!

Pistétero. — Vas a gritar, ahora. Y con todas tus fuerzas.

Iris. — ¡Es insensato!

Pistétero. — ¿Por qué puerta de la muralla has entrado, infame bribona?

Iris. — ¿Por qué puerta? No lo sé, ¡por todos los dioses!

Pistétero. — ¡Oídlas como se está burlando! ¿Te presentas ante los capitanes de los grajos? ¿No quieres hablar? ¿Llevas un salvoconducto avalado con el sello de las cigüeñas?

Iris. — ¿Qué es eso?

Pistétero. — ¿No lo llevas?

Iris. — ¿Estás en tu sano juicio?

Pistétero. — ¿Ni tan siquiera un simple pase? ¿Ningún jefe de los pájaros te puso la firma?

Iris. — No, amigo; nadie me puso nada.

Pistétero. — ¿Y te presentas así, subrepticamente, sobrevolando una ciudad extranjera, en medio del aire?

Iris. — ¿Dónde quieres que los dioses vuelen?

Pistétero. — Lo ignoro. Pero por aquí, ¡no! Mira, en este preciso instante ya estás delinquiendo. ¿Sabes una cosa? ¿Que de todas las Iris, ni una sola fuera tan justamente detenida y condenada a muerte como tú, si te tratara como te mereces?

Iris. — Yo soy inmortal.

Pistétero. — No por eso dejarías menos de ser condenada a muerte. Sería desde todo punto intolerable, en efecto, en el momento en que gobernamos sobre el universo entero, veros a vosotros, los dioses, respingar sin reconocer que debéis prestar obediencia a quien vale más que vosotros. Pero, dime: ¿adónde navegas con tus alas?

Iris. — ¿Yo? Vuelo hacia los hombres para ordenarles, en nombre de mi padre, que celebren sacrificios en honor de los dioses olímpicos, que inmolen en los altares ovejas y bueyes, y llenen las calles con el humo del asado de las grasas.

Pistétero. — ¿Qué estás diciendo? ¿Qué dioses?

Iris. — ¿Cuáles? Nosotros, los dioses del cielo.

Pistétero. — ¿Dioses, vosotros?

Iris. — ¿Quién, pues, sería dios?

Pistétero. — Ahora son los pájaros los dioses de los hombres. Sólo a ellos deben ofrecerse sacrificios, y no a Júpiter, en nombre de Júpiter.

Iris. — ¡Insensato, insensato! No excites la terrible cólera de los dioses. Procura que la Justicia, armada con el azadón de Júpiter, no aniquile a tu maldita raza. Ten cuidado que sus inflamados rayos no te reduzcan a polvo, como un nuevo Licimnio, a ti como a tus palacios.

Pistétero. — Escucha un momento. No gastes tantas energías. Cálmate. Veamos: ¿acaso crees que estás hablando con un lidio o un frigio? Guarda tus bravuconadas para ellos. Ya sabes que si continúa Júpiter cansándose, mis águilas portarrayos reducirán su palacio a cenizas... y el de Anfión también. Enviaré a mis porfiriones, con la túnica de leopardo, para que le ataquen hasta el cielo en número de más de trescientos. Ya conocemos lo que pudo ocasionarle un solo Porfirión. Y tú, mi hermosa mensajera, vas a ser la primera en cobrar si me cansas mucho. Voy a demostrarte, aunque viejo, lo que soy capaz todavía de hacer contigo.

Iris. — ¡Ojalá te cuelguen, miserable, con tus blasfemias!

Pistétero. — ¿No te largarás de aquí? ¡Vamos, de prisa! ¡Pif, paf!

Iris. — Si mi padre no reprime tu insolencia...

Pistétero. — Me aburres. ¿Quieres levantar el vuelo de una vez, y reducir a polvo a otros más novicios que yo?

El Coro. — Prohibimos a los dioses, hijos de Júpiter, que atraviesen en adelante mi ciudad. Prohibimos a los mortales que les envíen por aquí el humo de las sagradas víctimas.

Pistétero. — Es extraño: ¿no regresa todavía el heraldo enviado a los mortales?

El Heraldo. — ¡Oh Pistétero! ¡Oh bienaventurado! ¡Oh hábil! ¡Oh famoso! ¡Oh perfecto! ¡Oh tres veces dichoso! ¡Oh... córtame pues la palabra!

Pistétero. — Bueno, ¿qué ocurre?

El Heraldo. — Recibe esta corona de oro. Todos los pueblos te la ofrecen, junto con sus homenajes, en consideración a tu sabiduría.

Pistétero. — La acepto. Pero ¿por qué motivo dedicanme esos homenajes los pueblos?

El Heraldo. — ¡Oh tú, fundador de la ilustre ciudad de los aires! Ignoras los honores que te has ganado entre los hombres, y cuántos admiradores tiene, gracias a ti, ese país. Antes de haber fundado esta ciudad, todos los hombres veíanse atacados de lacomanía: se dejaban crecer el pelo, ayunaban, iban siempre sucios, socratizaban, y llevaban el bastón laconio. Ahora todo ha cambiado: se han vuelto apasionados por las aves, y gozan imitando y copiando en todo a los pájaros. Por la mañana, al saltar de la cama, levantan todos el vuelo como nosotros y van a comer; caen todos al mismo tiempo sobre los carteles y picotean con entusiasmo los decretos. La manía pajarera los lleva tan lejos, que muchos de ellos adoptan nombres de pájaros: un tabernero cojo se llama Perdiz; Menipo lleva el nombre de Golondrina; Opuncio, el de Cuervo tuerto; Filocles, el de Alondra; Teógenes, el de Ganso-Zorro; Licurgo, el de Ibis; Querefón, el de Murciélago; Siracosio, el de Urraca; y Midias, el de Codorniz, a cau-

sa de su parecido con una codorniz de pelea, que recibió de él un golpe en la cabeza. Gracias a esa pasión por los pájaros, no se oyen más que canciones dedicadas a la golondrina, los penélopes, los gansos, las palomas, las alas, o por lo menos algo de plumaje. Así están las cosas allá abajo. Sólo añadiré una palabra: pronto llegarán hasta ti más de diez mil solicitantes, en busca de alas y uñas ganchudas. Procúrate en seguida, pues, una colección de alas para dicha colonia.

Pistétero. — Entonces, ¡por Júpiter!, no hay tiempo que perder. Vete en seguida a llenar de alas todos los cestos y cestitos, y dile a Manes que me los traiga aquí. Yo, por mi parte, iré recibiendo a los visitantes.

El Coro. — Esta ciudad será llamada pronto entre los hombres: la populosa.

Pistétero. — ¡Que la fortuna se nos muestre propicia!

El Coro. — El amor a nuestra ciudad se extiende.

Pistétero. — Tráeme eso más de prisa.

El Coro. — ¿Acaso no posee todo cuanto puede ser agradable a sus huéspedes: sabiduría, amor, celestes gracias y el dulce semblante de la serena tranquilidad?

Pistétero. — ¡Qué indolente esclavo! ¡Más de prisa! ¿No puedes ser más diligente?

El Coro. — Sí. De prisa un cesto lleno de alas. Y tú, dale un palo para acelerar su paso. Anda despacio como un asno.

Pistétero. — Tienes razón. Manes es un perezoso.

El Coro. — Dispón en primer lugar esas alas por grupos: alas musicales, proféticas y marinas. Examina luego a la gente que se vaya presentando, y distribúyelas con tacto para que cada uno se lleve las alas que le convengan.

Pistétero. — ¡No! ¡Lo juro por los cernícalos! Ya no aguanto más. Tengo que pegarle. ¡Cuánta pereza y lentitud!

Un Parricida. — ¡Deseo ser el águila de sublime vuelo, y poder planear sobre las estériles olas del cerúleo mar!

Pistétero. — El heraldo parece haber dicho la verdad: he ahí un hombre que avanza cantando a las águilas.

El Parricida. — ¡Oh, oh! ¡Poder volar es un placer inigualable! ¡Adoro las leyes de los pájaros! ¡Estoy poseído por la ornitomanía! ¡Vuelo; quiero vivir con ellos; deseo sujetarme a sus leyes!

Pistétero. — ¿De qué leyes estás hablando? Los pájaros las poseen de varias clases.

El Parricida. — De todas. Pero lo que más me convence es que entre los pájaros se acepte el poder pegar y estrangular a su padre.

Pistétero. — Indudablemente. Nosotros apreciamos la valentía que representa pegar a su padre, mientras se es todavía muy pequeño.

El Parricida. — Por esta razón he venido a establecerme

aquí, pues yo quisiera estrangular a mi padre para poder apoderarme de todo.

Pistétero. — Pero existe también entre los pájaros un antiguo reglamento, inscrito en las tablas de la ley de las cigüeñas. Es el siguiente: «Cuando el padre ha dado el alimento necesario a las pequeñas cigüeñas, hasta que éstas se hallan en condiciones de poder volar, entonces es deber de éstas el alimentar, a su vez, al padre.»

El Parricida. — ¡Buena la he hecho viniendo aquí, si tengo aún que alimentar a mi padre!

Pistétero. — Nada temas. Puesto que viniste amigablemente a hablar conmigo, te proveeré de un par de plumas de pájaro huérfano. Y ahora escúchame, joven; voy a darte un buen consejo. Yo lo recibí siendo todavía niño: no mates a tu padre. Pero coge con una mano esta ala, y con la otra este espolón, e imagínate que tienes una cresta de gallo. Hazte soldado, ve a la guerra, vive de tu soldada y deja vivir en paz a tu padre. Tienes el carácter belicoso. Parte, pues, en dirección de la Tracia y lánzate al combate.

El Parricida. — ¡Por Baco! Creo que llevas razón. Seguiré tu consejo.

Pistétero. — Y obrarás prudentemente, ¡por Júpiter!

Cinesias. — ¡Elévome hacia el Olimpo con mis ligeras alas! ¡Vuelo detenidamente sobre todos los senderos de la poesía!...

Pistétero. — Vamos a necesitar una carga entera de alas.

Cinesias. — ...Alma intrépida, cuerpo indomable: me lanzo por los nuevos caminos.

Pistétero. — ¡Salud a Cinesias, el Tilo! ¿A qué vienes a torcerte aquí tu pie cojo?

Cinesias. — Quiero ser pájaro, un melodioso ruiseñor.

Pistétero. — Basta de melodías como ésa. Dime simplemente qué deseas.

Cinesias. — Dame un par de alas. Quiero volar por los aires y recoger de las nubes los nuevos preludios etéreos y vaporosos que en ellas se balancean.

Pistétero. — ¿Recoger en las nubes nuevos preludios?

Cinesias. — ¡Oh, sí! De allí depende todo nuestro arte. Un ditirambo es bueno cuando es aéreo, tenebroso, cuando tiene la tenue brillantez de la nube y su alado balanceo. Escucha y juzga.

Pistétero. — ¡No, no; por favor!

Cinesias. — ¡Sí, por Hércules! Voy a recorrerte por completo el arte, todas las formas del pueblo alado habitante del éter, pájaros de largo cuello...

Pistétero. — ¡Hop! (29).

Cinesias. — ...Llevado sobre las olas, en una corriente errante, desearía andar con el soplo de los vientos...

Pistétero. — ¡Yo te cortaré el soplo!

Cinesias. — ...tan pronto corriendo por las vías del Noto, como acercándome al Bóreas, y trazando en el éter un surco interminable. (*Pistétero le pega.*) ¡Eh viejo! Tienes una amable y bonita manera...

Pistétero. — ¡Cómo! ¿No te gusta ese balanceo alado que te ofrezco?

Cinesias. — ¿Así tratas a un poeta ditirámbico, que las tribus se disputan en todas partes?

Pistétero. — ¿Quieres quedarte a poetizar aquí? Harás un coro de pájaros voladores, al estilo de Leotrófides (30), para la tribu Cecropia.

Cinesias. — Te estás burlando claramente de mí. Pues bien, no descansaré hasta tener un par de alas para poder atravesar los aires.

Un Sicofante. — ¡Oh golondrina abigarrada, de largas alas! ¿Cuáles son esos pájaros indigentes, de alas deslustradas?

Pistétero. — ¡Qué peste! ¡Qué ola, qué afluencia! Ahí llega otro, murmurando.

El Sicofante. — Una vez más, golondrina abigarrada de largas alas...

Pistétero. — Es a su manto, según veo, a quien canta sus quejas. Tiene, en efecto, necesidad del retorno de las golondrinas.

El Sicofante. — ¿Dónde se halla aquel que facilita alas a los recién llegados?

Pistétero. — Aquí estoy. Pero ¿para qué uso las quieres? Explícate.

El Sicofante. — Alas, necesito alas. ¡No cabe otra pregunta!

Pistétero. — ¿Quieres volar derechamente hacia Pelene?

El Sicofante. — ¡De ninguna manera! Soy alguacil por la parte insular. Mi oficio es sicofante...

Pistétero. — Lo celebro. ¡Bonito oficio!

El Sicofante. — ...Y además investigador de pleitos. Ya ves, pues, que tengo necesidad de alas para recorrer las comarcas y repartir a las ciudades las citaciones.

Pistétero. — ¿Cómo podrás citarlas mejor con las alas en tus espaldas?

El Sicofante. — Así no me vería molestado por los piratas. Regresaría de allí en compañía de las grullas, con muchos procesos en el saco, a manera de lastre.

Pistétero. — ¿Es ése tu oficio, joven como eres? ¡Denunciar a los extranjeros!

El Sicofante. — ¿Qué otra cosa puedo hacer? Yo no sé cavar.

Pistétero. — ¡Por los dioses! Existen otras ocupaciones dig-

nas, para poder vivir a tu edad más honradamente que no zuriendo procesos.

El Sicofante. — Amigo mío, no necesito lecciones, sino unas alas.

Pistétero. — Al hablarte como lo hago, te las doy.

El Sicofante. — ¡Cómo! ¿Tus palabras darían alas a la gente?

Pistétero. — La palabra las da a todo el mundo.

El Sicofante. — ¿A todo el mundo?

Pistétero. — ¿No has oído alguna vez en las barberías, decir un padre a unos jóvenes: «Es prodigioso como los discursos de Diitrefes han dado a mi hijo alas para la tragedia. Cómo ha volado su imaginación?»

El Sicofante. — ¿Es verdad que las palabras dan alas?

Pistétero. — Tenlo por seguro. La palabra eleva el alma hasta el cielo. Transporta al hombre. Por este motivo quiero, con buenas palabras, prestarte alas y llevarte hacia un empleo más conveniente.

El Sicofante. — Pero yo no quiero.

Pistétero. — ¿Qué harás, pues?

El Sicofante. — No traicionaré a mi raza. Fuimos sicofantes de padres a hijos. Es mi deber. Dame unas alas rápidas y ligeras, las del gavián o del cernícalo. Con ellas iré a denunciar a los extranjeros, pero volveré para acusarlos y empezaré de nuevo la misma tarea.

Pistétero. — Lo comprendo. De esta manera, ¿no es verdad?, el extranjero será condenado aquí antes que llegue.

El Sicofante. — Comprendido perfectamente.

Pistétero. — Luego, mientras se halle viniendo por el mar, tú vuelas de nuevo allí y te apoderas de sus bienes.

El Sicofante. — Eso mismo. Hay que rodar como un trompo.

Pistétero. — Sí, como un trompo. Ya entiendo. Pues bien, ahí tengo, ¡por los dioses!, unas excelentes alas de Corcira (31).

El Sicofante. — ¡Ay de mí! ¡Muerto estoy! Eso es un látigo.

Pistétero. — No lo creas. Son alas, para hacerte rodar como un trompo.

El Sicofante. — ¡Ay, ay! ¡Desdichado de mí!

Pistétero. — ¡Lejos de aquí! ¡Levanta el vuelo; lárgate, infame bribón! Pronto verás lo que gana la cobardía corrompiendo a la justicia. Recojamos nosotros nuestras alas y marchémonos.

El Coro. — Durante nuestro vuelo hallamos muchas novedades, maravillas y cosas raras. Muy lejos de Cardias (32) vive un árbol exótico, alto, blando y sin utilidad alguna: se llama Cleónimo. Cada primavera produce yemas y calumnias;

y en invierno, a la caída de las hojas, se desprenden escudos de sus ramas.

»Existe un lugar, hacia la región de las tinieblas, muy lejos de aquí, donde reina la obscuridad más completa. Allí los hombres comen y viven en sociedad con los héroes, excepto solamente por la noche; en ese momento no es fácil encontrarlos en el camino. Si algún mortal encontrara por la noche al héroe Orestes, en seguida sería desnudado y molido a palos de la mejor manera.

Prometeo. — ¡Ay! ¡Infortunado! ¡Al menos que no me vea Júpiter! ¿Dónde está Pistétero?

Pistétero. — Aquí estoy. ¿Qué ocurre? ¿De quién es esa cabeza tapada?

Prometeo. — ¿Ves algún dios detrás de mí?

Pistétero. — No. ¡por Júpiter! Pero ¿quién eres tú?

Prometeo. — ¿Qué hora es?

Pistétero. — ¿Qué hora? Algo más de mediodía. ¿Quién eres?

Prometeo. — ¿Es el declinar del día o más tarde?

Pistétero. — ¡Ah! ¡Cómo me cansas!

Prometeo. — ¿Qué hace Júpiter? ¿Está barriendo las nubes o las reúne?

Pistétero. — ¡Que la peste te ahogue!

Prometeo. — Entonces me descubro.

Pistétero. — ¡Oh querido Prometeo!

Prometeo. — ¡Cállate! ¡Cuidado, no grites!

Pistétero. — ¿Qué sucede?

Prometeo. — ¡Silencio! No pronuncies mi nombre. Me vas a matar, si Júpiter me descubre aquí. Para que pueda contarte todo cuanto ocurre allá arriba, toma esta sombrilla y sosténla sobre mi cabeza. Así no me verán los dioses.

Pistétero. — ¡Ah, ah! Buen invento, digno de Prometeo. Ponte de prisa debajo y habla sin temor.

Prometeo. — Escucha.

Pistétero. — Ya escucho. Habla.

Prometeo. — Júpiter está perdido.

Pistétero. — ¿Perdido? ¿Desde cuándo?

Prometeo. — Desde que habéis construido esa ciudad en el aire. Ya nadie celebra más sacrificios en honor de los dioses. El humo grasiento de las carnes ya no sube hasta nosotros. Se acabaron las ofrendas. Ahora es preciso ayunar como en tiempos de las Tesmoforias. Los dioses bárbaros, hambrientos y rugiendo como ilirios, amenazan con descender armados contra Júpiter, si éste no manda abrir nuevos mercados para vender carne.

Pistétero. — ¿Hay otros dioses bárbaros encima de vosotros?

Prometeo. — Si no los hubiera, ¿cuál podría ser el patrón de Execéstides?

Pistétero. — ¿Qué nombres llevan esos dioses bárbaros?

Prometeo. — ¿Sus nombres? Tríbalos (33).

Pistétero. — Comprendo. De allí viene sin duda la expresión: «Que te triturén.»

Prometeo. — Precisamente. Ahora escucha un consejo: Con toda seguridad van a llegar aquí unos embajadores, de parte de Júpiter y de parte de los Tríbalos de allá arriba, para concertar una paz. No tratéis con ellos, a menos que Júpiter entregue su cetro a las aves, y te dé a ti a la Soberanía por esposa.

Pistétero. — ¿Quién es la Soberanía?

Prometeo. — Una joven encantadora, encargada de fabricar el rayo de Júpiter. Con ella se obtiene todo: buenos consejos, buenas leyes, prudencia, arsenales, calumnia, tesorería y trióbolo.

Pistétero. — Entonces debe ser su intendente general.

Prometeo. — Sí. Y si tú la recibes de su mano, todo será tuyo. Es por dicha razón que vine aquí, para advertirte. Pues siempre fui el amigo de los hombres.

Pistétero. — En efecto, de todos los dioses sólo a ti debemos los asados.

Prometeo. — Ya sabes que detesto a todos los dioses.

Pistétero. — ¡Sí, por Júpiter! Siempre has sido enemigo de los dioses.

Prometeo. — Un verdadero Timón. Pero tengo que irme. Dame esta sombrilla para que, si Júpiter me ve desde lo alto, pueda decir que acompaño a una canéfora.

Pistétero. — Coge también ese asiento, y llévatelo.

El Coro. — En el país de los esciápodas existe un pantano infecto, donde Sócrates evoca a las almas. Pisandro fue a parar allí un día, lleno de curiosidad por ver su alma, que le había abandonado en vida. Como víctima llevaba un camello, a manera de cordero. Lo degolló y, tal como hiciera Ulises, retiróse aparte. Entonces, acudiendo a su llamada, salió el murciélago Querefón de los infiernos, para chupar la sangre del camello.

Neptuno. — ¡Mirad! ¡Ahí está la ciudad de Nefelococigia, etapa final de nuestro camino! (Al Tríballo.) ¡Eh, tú! ¿Qué haces, echándote el manto hacia el hombro izquierdo? Cámbialo y pónitelo en el derecho. Pobre desdichado, ¿sufrirás acaso la misma enfermedad que Lespodias? ¡Oh democracia! ¿Adónde nos llevas, si los dioses escogen a semejante embajador?

El Tríballo. — Déjame en paz.

Neptuno. — ¡Que la peste te ahogue! De todos los dio-

ses que conozco, eres el más bárbaro. Vamos, Hércules, ¿qué hacemos?

Hércules. — Ya te lo dije. Quiero estrangular al hombre, sea cual fuere, que ha bloqueado a los dioses.

Neptuno. — Pero, querido amigo, nos han delegado para concertar la paz.

Hércules. — Razón de más para que lo estrangule.

Pistétero. — Vamos, dame el rallador; trae silfio y queso. Atizad los carbones.

Hércules. — Hombre: tres dioses te saludan.

Pistétero. — Bueno, rallo el silfio.

Hércules. — ¿Qué carnes son ésas?

Pistétero. — Son pájaros, condenados por insurrección contra los magistrados populares de las aves.

Hércules. — ¿Y empiezas cubriéndolas de silfio?

Pistétero. — ¡Hola! ¡Salud, Hércules! ¿Qué ocurre?

Hércules. — Venimos aquí como embajadores, en nombre de los dioses, para terminar la guerra.

Un Criado. — No hay aceite en la alcuza.

Pistétero. — Sin embargo, es preciso que las aves estén bien rociadas.

Hércules. — Nada ganaremos con la guerra. Vosotros, si sois amigos de los dioses, veréis llenarse las balsas de agua de lluvia, y disfrutaréis eternamente de días serenos. Sobre estos puntos venimos con plenos poderes.

Pistétero. — No fuimos nosotros los primeros en empezar la guerra contra vosotros. Todavía ahora, si adoptáis disposiciones más justas, estamos dispuestos a tratar de acuerdo con vuestros deseos. Lo justo, es que Júpiter ceda el cetro a las aves. Con esta condición trataremos, y, ya sentada esa premisa, invito a los embajadores a cenar.

Hércules. — Por mí, eso basta. Voto por la paz.

Neptuno. — ¡Cómo! ¡Miserable imbécil y ventrudo! ¿Quieres despojar a tu padre de la realeza?

Pistétero. — ¡Vamos! ¿No serán los dioses más poderosos todavía, si las aves gobiernan el mundo? Los mortales esconden hoy sus rostros bajo las nubes, y violan impunemente los juramentos hechos en vuestro nombre. Por el contrario, si tenéis a las aves por aliadas, cuando algún hombre perjurara habiendo tomado por testigo al cuervo y a Júpiter, en seguida aparecería el cuervo para caer sobre él y sacarle un ojo.

Neptuno. — Tienes razón, ¡por Neptuno!

Hércules. — Lo mismo creo yo.

Pistétero. — ¿Y tú, qué piensas?

El Tríballo. — Nabaisatreu (34).

Pistétero. — Ya lo oís. También él está de acuerdo. Ahora, seguid escuchándome. Otro favor importante podemos pres-

taros: si un hombre, después de haber hecho votos para ofrecer un sacrificio a algún dios, elude su promesa diciendo: «Los dioses saben esperar»; si rehúsa pagar por egoísmo, nosotros nos las entenderemos con él.

Neptuno. — Veamos. ¿De qué manera?

Pistétero. — Mientras estará contando su dinero, o tomando un baño, un milano caerá sobre sus monedas y le quitará furtivamente el valor de dos ovejas, para llevarlo al dios.

Hércules. — Por segunda vez voto para que se les dé el cetro.

Neptuno. — Pregúntale al Tríbalo.

Hércules. — Tríbalo, ¿estás de acuerdo... en que te muela a palos?

El Tríbalo. — Saunaca bactaricrousa.

Hércules. — Dice que tenemos razón.

Neptuno. — Si los dos estáis de acuerdo, yo también lo estoy.

Hércules (a Pistétero). — ¡Eh! Te concedemos el cetro.

Pistétero. — Queda todavía por discutir un articulito, que acude ahora a mi memoria: dejo a Júpiter su Juno, pero exijo que se me dé por esposa a la joven Soberanía.

Neptuno. — Tú no desees la paz. Regresemos a nuestras moradas.

Pistétero. — Poco me importa. Cocinero: prepárame una suculenta salsa.

Hércules. — ¡Oh divino Neptuno! ¿Adónde vas? ¿Haremos la guerra por una mujer?

Neptuno. — ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Hércules. — La paz.

Neptuno. — ¿Cómo? ¡Desdichado! ¿No ves cómo te engañan? Te estás perjudicando a ti mismo: si Júpiter muriera, después de haber abandonado la Realeza, te quedarías en la más negra miseria. En caso de muerte, tú eres el heredero de todos los bienes de Júpiter.

Pistétero. — ¡Ah, infortunio! ¡Qué cosas dices! Acércate un poco hacia mí. Tengo algo que decirte en secreto. Tu tío (35) te engaña, pobre amigo mío. Las leyes no te conceden ningún derecho en los bienes paternos, puesto que eres hijo bastardo y no legítimo.

Hércules. — ¿Yo bastardo? ¿Qué quieres decir?

Pistétero. — Sí. Tú, ¡por Júpiter!, siendo hijo de una extranjera. ¿Cómo podría ser Minerva la única heredera, una mujer, si tuviera hermanos legítimos?

Hércules. — Sea. Pero ¿y si mi padre me deja, al morir, la parte correspondiente a los bastardos?

Pistétero. — La ley se lo prohíbe. Neptuno, aquí presente, que está en estos momentos excitándose, será el primero en disputarte la herencia paterna, en calidad de hermano legítimo.

Toma, he ahí la ley de Solón: «El bastardo no podrá heredar si existen hijos legítimos. A falta de hijos legítimos, la sucesión pasa a los colaterales más próximos.»

Hércules. — ¿Así, pues, no tengo derecho alguno a la fortuna paterna?

Pistétero. — Ninguno, ¡por Júpiter! Pero, dime: ¿acaso te ha inscrito tu padre en su tribu?

Hércules. — No. Y me extraña mucho.

Pistétero. — ¿Para qué mirar hacia arriba con la boca abierta y los ojos enfurecidos? Quédate con nosotros; te nombraré rey y te daré para beber leche de ave.

Hércules. — Hace rato que apruebo tu petición. Por mí te concedo la joven.

Pistétero (a Neptuno). — Y tú, ¿qué dices?

Neptuno. — Yo voto en contra.

Pistétero. — Entonces, todo depende del Tríbalo. ¿Qué opinas, tú?

El Tríbalo. — Hermosa hija y gran Realeza dar al pájaro.

Hércules. — ¿La concedes, pues?

Neptuno. — ¡No! No dice que la concede. Está pidiendo como las golondrinas, y eso es todo.

Pistétero. — ¿De modo que dice que la concede a las golondrinas?

Neptuno. — Arreglaos los dos y llegad a un acuerdo. Y, puesto que así lo queréis, yo no pronuncio ni una palabra más.

Hércules (a Pistétero). — Nuestra opinión es concederte todo cuanto nos pides. Ven al cielo con nosotros, para recibir la Realeza y todo lo demás.

Pistétero. — Muy oportunamente sacrificamos a esas aves para la boda.

Hércules. — ¿Permitís, mientras tanto, que permanezca aquí para asar aves? Idos, vosotros.

Neptuno. — ¿Asar esas aves, dices? ¡No seas tan glotón! ¡Vente con nosotros!

Hércules. — ¡Qué bien me las hubiera arreglado!

Pistétero. — Vamos, que me traigan la túnica nupcial.

El Coro. — En Fanes, cerca de la Clepsidra, habitan los Englotogastros. Ellos siegan, siembran, vendimian y recogen los higos con la lengua. Raza bárbara, si la hay. ¡Verdaderos Gorgias y Filipos! De esos Englotogastros nos ha llegado la costumbre, extendida luego en el Ática, de cortar aparte la lengua de las víctimas.

Un Mensajero. — ¡Oh pájaros, pueblo alado, dichoso tres veces! ¡Todo es dicha para ti, y felicidad inefable! ¡Recibid a vuestro rey en vuestras afortunadas moradas! Ya viene, más brillante que jamás apareciera el resplandor de astro alguno en su centelleante estancia de oro. El propio sol es me-

nos deslumbrante de luz, cuyos rasgos iluminan, sin embargo, el lejano espacio. Avanza, y con él va una mujer de incomparable belleza. En su mano blande el rayo, alado dardo de Júpiter. El perfume más suave se extiende hasta las profundidades del cielo. ¡Espectáculo admirable! Elévase el incienso en ligeros torbellinos, girando en espirales aéreas. Hele aquí, es él... Y ahora, Musa divina, es cuando debe abrirse tu sagrada boca para los cantos propicios.

Semicoro. — ¡Atrás, atravesad, adelante, de lado! ¡Revolotead en torno a este infeliz mortal, favorecido por la fortuna! ¡Oh dioses! ¡Oh dioses! ¡Qué brillantez, qué flor de belleza! ¡Oh, mil veces dichoso es tu himeneo para nuestra ciudad! Grandes y elevados destinos aguardan al pueblo-ave, gracias a este hombre. Entonad ahora, por él y la Soberanía, el himno nupcial y los cantos de himen.

Semicoro. — Cuando antiguamente las Parcas unieron a Juno, la Olímpica, con el poderoso señor que, desde las alturas de su trono, reina sobre los dioses, celebróse el mismo himeneo. ¡Oh himen! ¡Oh himeneo! El Amor, de alas de oro, centelleante de juventud, tenía las riendas y dirigía el carro nupcial. El Amor presidía la unión de Júpiter y de la bienaventurada Juno. ¡Oh, himen! ¡Oh, himeneo!

Pistétero. — Maravillado estoy de vuestros himnos. Y emocionado de vuestros cantos. Vuestras palabras me hechizan. Celebrad ahora también a los truenos que ensordecen a la tierra, a los llameantes relámpagos de Júpiter, y al rayo deslumbrador y terrible.

El Coro. — ¡Oh áurea luz del irresistible relámpago, inmortales rayos, inflamados dardos de Júpiter, y retumbantes truenos que conmueven al mundo y precipitan la lluvia! ¡Es gracias a vosotros que Pistétero hace temblar hoy la tierra! ¡Por ti, oh himeneo, oh himeneo, posee el imperio del universo, y la Soberanía, patrimonio de Júpiter, pasa a ser su compañera!

Pistétero. — ¡Seguid ahora la boda, oh conciudadanos míos, innumerables tribus aladas! ¡Marchemos hacia el templo de Júpiter y el lecho nupcial! ¡Y tú, bienaventurada amiga, dame la mano, apóyate en mis alas y danza conmigo!

El Coro. — ¡Halal! ¡ío! ¡Peán! ¡Enhorabuena el magnífico vencedor, dios todopoderoso!

Seminario Multidisciplinario
José Emilia González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

NOTAS

- (1) Extranjero que quería hacerse pasar por ateniense; por comulgante, ocultaba su origen.
- (2) La misma palabra puede significar, en griego, *corredor* y *reyzuelo*.
- (3) Pistétero había caído al suelo de miedo. Los actores que representaban esos pájaros entraban en escena con los más fantásticos vestidos.
- (4) Atenas.
- (5) Se llamaba Aristócrates.
- (6) La nave *Salamina* era la encargada de transportar a los generales sus puestos, así como de conducir a Atenas a los que el pueblo reclamaba o destituía. Fue enviada a Sicilia para detener a Alcibíades, decretado de acusación por impiedad.
- (7) Tenía la lepra.
- (8) Se servían a los recién casados tortas con sésamo. Las demás plantas entraban en las guirnaldas o las coronas nupciales.
- (9) Los habitantes de la isla de Melos, asediada por Nicías, sufrieron un hambre espantosa.
- (10) Crítica del carácter de los persas. También es la montura usual de ese pueblo.
- (11) En Atenas el nieto tomaba el nombre del abuelo.
- (12) Las montañas.
- (13) Demo del Ática. La misma palabra significa «en la cabeza».
- (14) Demo del Ática.
- (15) General ateniense acusado de venalidad.
- (16) El ruseñor, o Procne, estaba representado por una cortesana.
- (17) Sofista célebre.
- (18) Ladrón muy conocido.
- (19) Oráculos prestigiosos.
- (20) Vuelven provistos de alas.
- (21) La ciudad de las nubes y los cucos.
- (22) Célebre adivino.
- (23) Aldea cercana a Atenas. Metón era astrónomo y geómetra.
- (24) Magistrados encargados de recibir a los extranjeros.
- (25) Pueblo de la Tracia, vecino del monte Atos. Alusión a la política de Atenas respecto a los pueblos de su dependencia.
- (26) Nombre inventado por Aristófanes; su radical indica «gemir».
- (27) Danza guerrera.
- (28) Juego de palabras obsceno.
- (29) Grito con que el jefe de los remeros de una nave mandaba detener el movimiento.
- (30) Poeta ditirámico, notable por su palidez.
- (31) Los látigos de Corcira eran famosos.
- (32) Ciudad de Tracia. La frase tiene doble sentido, y significa también: «lejos del corazón».
- (33) Pueblo de Tracia.
- (34) Palabra que no pertenece a ninguna lengua.
- (35) Neptuno.